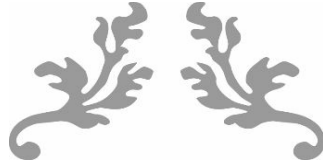


A I N A C A S T I L L O



AMOR SINIESTRO

ROMANCE OSCURO Y J*DIDO



AMOR SINIESTRO

*Romance oscuro y J*dido*



Por **Aina Castillo**

© Aina Castillo 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Aina Castillo.

Primera Edición.

Dedicado a Carol y Amy

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [**Haz click aquí**](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> [**Haz click aquí**](#) <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

I

Sintió el trozo de tela que le cubría los ojos. En efecto, no podía ver nada, todo estaba tan oscuro que seguiría igual aunque le pusieran un sol al frente. Sus manos estaban atadas sobre los apoyabrazos, sus tobillos contra las patas de madera de esa silla de madera maciza.

Respiraba calmadamente porque no era la primera vez que estaba en una situación como esa. Es más, era uno de sus momentos favoritos porque estaba sujeta a la incertidumbre.

La regla era muy sencilla, quedarse allí, quieta y esperar las cosas que estaban por venir. No podía hablar, no podía siquiera respirar agitadamente. A él le gustaban las cosas así, rudas y casi extremas. Pero ella, siendo como era, estaba dispuesta a adaptarse a lo que fuera porque estaba dispuesta a disfrutar del buen sexo, sin importar nada más.

Con las puntas de los pies, sintió el felpudo y el calor del suelo a pesar que estaba cada vez más cerca el invierno. También se dio cuenta por la temperatura del ambiente puesto que estaba completamente desnuda. Lo único que tenía sobre ella, era venda oscura, oscurísima que no le permitía descubrir qué tenía en frente a ella.

Comenzó a morderse los labios porque ya la ansiedad la estaba matando. Deseaba saber lo que iba a pasar continuación. De repente, sus sentidos ya agudizados pudieron detectar la presencia de alguien. Era su aroma, era el calor de su cuerpo.

Sintió entonces sobre sus piernas, las diferentes lenguas de cuero que comenzaron a pasearse por la piel de sus muslos. Se estremeció un poco porque bueno, de alguna manera le tomó por sorpresa, pero luego sonrió porque esa sensación era sólo la antesala a algo más fuerte y contundente.

Siguieron las caricias hasta que él le tomó el rostro con su mano gruesa. La tomó casi delicadamente, con un toque muy ligero, suave. Se alejó para alzar su brazo y castigarla como debía, así pues, con un movimiento rápido y certero, impactó ese látigo sobre la piel desnuda y lista para el dolor.

No se detuvo, así que continuó. Una tras otra, una y otras vez sin cansarse demasiado puesto que sabía cómo hacer esas cosas y disfrutarlas en

cada momento. Ella, por otro lado, estaba sentada, incapaz de moverse y haciendo un tremendo esfuerzo por no gemir o jadear. La condición era esa, mantenerse quieta porque posiblemente le podrían dar un regalo.

Él la miraba con cierta superioridad porque se sentía así, máximo, excelso, poderoso. Podría embriagarse de esa sensación, podría experimentarlo siempre. Simplemente lo adoraba.

Sus muslos y parte de su torso, se volvieron rojos de todos los tonos posibles. Aunque el ardor y el picor insistían, ella lo disfrutaba tremendamente. Él no sabía cuánto.

—Bien, bien. Ya veo que te estás comportando como toda una niña buena. A ver, ¿será que si sigo así, te mantendrás tan quietita como hasta ahora? Espero que sí, porque no puedo evitar decirte lo zorra que te ves ahora.

Él tenía razón. Ella se veía muy bien. Ese rostro empapado de sudor y ese cuerpo brillante por la carne viva que emergía de ciertos espacios. De nuevo, trató de sostener sus dedos sobre esa superficie cómoda y caliente porque no había otra cosa de la que pudiera tomarse, era el último recurso que le quedaba.

Soportó todo lo que pudo, hizo un enorme esfuerzo, recurrió a su experiencia para no sucumbir demasiado rápido. Era una mujer que sabía cómo se hacían estas cosas, no era una novata, era de aquellas que hacía tiempo se había entregado por completo a un círculo lleno de perversiones y vicios. Le daba igual, era su mundo y lo adoraba.

—Bien, como siempre, Megan, no puedo quejarme de ti. Tienes todo lo que me gusta y más, sabes siempre cómo superar mis expectativas. Así que, para dejarte en claro que no soy tan malo después de todo, dejaré que hagas los ruidos que quiera. Deseo saber si mi ramera es capaz de responderme como se debe cuando le hago cosas como esta...

Volvió a alzar el brazo y de nuevo, otro impacto en una de las piernas. Ella, ya con la libertad de poder decir lo que quisiera, no pudo frenar el torrente de gemidos y jadeos que le siguieron. Eso a él lo volvió prácticamente loco.

Había otro hecho importante, ella estaba más que mojada, estaba demasiado excitada. Casi no podía pensar, pero, ¿acaso eso era necesario?

¿Acaso era necesario reflexionar o explicar lo que estaba sucediendo? Para nada, cuando son asuntos de la carne y de la piel, la propia naturaleza animal es lo que toma por el completo el control, es esa misma fuerza que nos lleva a un plano que nos supera y que incluso nos hace replantear nuestros propios límites. Megan lo sabía muy bien.

Ella sonrió casi con descaro, por supuesto eso le valió una fuerte bofetada. Por un lado porque a él le gustaba darlas, y por otro, porque sintió que aquello había sido una especie de desafío.

—Que no se te olvide quién es el que manda. Soy yo quien decide todo lo que tenga que ver contigo. ¿Entendiste?

—Sí, Señor.

Ella alcanzó a responder apenas. Su excitación era demasiado fuerte como para procesar o elaborar una oración coherente.

Entonces, sintió de nuevo la presencia de él, esa misma que estaba cerca de su cuerpo, rondándolo como para arrastrarla hacia la incertidumbre. Megan, ante esto, respiró profundo porque tuvo el presentimiento de algo.

Las manos de él volvieron a acariciarle, esta vez, el cuello y los pechos. Pero no como solía hacer, no. Esta vez era suave, delicado. El contacto con su piel, le hizo entender que tenía algunas heridas abiertas gracias a los latigazos. Una ola de morbo la invadió por completo, estaba desesperada por sentirlo, por tenerlo adentro lo más pronto posible.

Él siguió descendiendo, poco a poco, hasta que sintió el calor y la humedad con la punta de sus dedos. Sí, su vulva estaba ardiendo, estaba lista para recibirlo.

Así que sonrió, y aunque tuvo que enfrentarse en la disyuntiva de hacerla sufrir más o quitarle los amarres para follarla como un semental. Pero, al final, pudo más su instinto dominante, así que quiso jugar un poco más.

Se alejó de ella raudo porque tenía pensado un plan que sabía iba a funcionar y que la llevaría hacia otro nivel de excitación. Despareció entonces entre las sombras y se encontró en una situación interesante. Se acercó a un cajón y extrajo un par de pinzas de madera. Un par muy viejo pero también ideal para una velada como aquella que esperaba tener.

Quedó frente a ella y le colocó las pinzas de madera sobre sus pezones. Megan sintió la presión e inmediatamente sonrió ampliamente. Le encantó sentir esa descarga de dolor que la revivió el placer que ya estaba experimentando. Como si tuviera un torrente entre sus piernas, se mojó aún más.

Apretó un poco los labios porque sabía que tenía que calmarse, que debía aguantar lo más que pudiera. Entonces, sintió el calor de él acariciando una de sus orejas.

—Te has portado muy bien, así que no te puedo negar la oportunidad de gemir como la perra que eres. Venga.

Ella hizo un largo suspiro y gimió seguidamente, era como si por fin pudiera ser libre, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Sus dedos se afincaron más en la silla y en el suelo porque sentía que estaba a punto de despegar, su cuerpo estaba a punto de ir hacia el cielo y más allá. Pero él, su Amo de turno, estaba allí para recordarle que no podía hacerlo, que tanto su cuerpo y como su alma eran de él.

Entonces, las pinzas se quedaron allí, sujetas a su piel con el fin de estimularla aún más. Entonces él, en una especie de frenesí alimentado por la euforia del momento, volvió a tomar el látigo para comenzar con los azotes lo más pronto posible. Estaba ansioso, desesperado, con el deseo de romperle la piel con la fuerza necesaria.

Ella, mientras tanto, se retorció más y más en la silla. El dolor de las pinzas, el ardor que le quedaba en la piel después de los latigazos y los insultos que él le decía al oído, la estaban llevando hacia ese límite que le gustaba experimentar, era ese algo que sólo unos pocos podían sentir, entre ellos, Megan. Era adicta, era su droga y quería más.

El Dominante comenzó a sudar debido al esfuerzo que estaba haciendo, así que lo paró por un momento, también porque su pene estaba a punto de reventar. Ya no podía más.

Así que dejó de nuevo el látigo para ir hacia ella. Se mantuvo en silencio mientras seguía escuchando los jadeos y gemidos de su sumisa. Se dispuso a quitarle los amarres lentamente y hasta se aseguró de que todo estuviera bien, en orden.

Las muñecas y tobillos estaban bien, así que la tomó y la dejó sobre la cama. Al ver su cuerpo, se excitó aún más. Esas piernas anchas, la cintura, esas caderas. La piel morena marcada por los latigazos, convirtiéndola en una especie de lienzo de placer. Se veía tan bella, tan vulnerable.

La dejó sobre la cama y la calmó por un momento. Pasó sus manos sobre su cuerpo, tocándola suavemente para relajarla. Cuando por fin se dio cuenta que estaba tranquila, se levantó lentamente y se colocó sobre la cama, de rodillas. De manera que se iba a acercando su pelvis hasta que colocó su verga sobre la cara de ella.

Aún con la venda sobre sus ojos, Megan supo exactamente lo que estaba pasando, ¿la razón? Conocía a su Amo perfectamente bien, sabía lo que le gustaba y cómo. Así que sin pensarlo demasiado, abrió la boca y, con su lengua, acarició el glande de él. Acarició lentamente, como sabía hacerlo. Al mismo tiempo, estiró una de sus manos para colocarlas sobre la cabella de ella y tomarla por el cabello como si tuviera una rienda. Se veía tan bella, tan zorra.

Se quedó en ese punto durante un rato. Incluso, de vez en cuando, le sonreía sensualmente para hacerle entender que ella estaba dispuesta a complacerlo las veces que él quisiera. Siguió chupándolo hasta que sintió la presión de esa verga dentro de su boca. Asimismo, su cabeza se movía a un ritmo constante porque tenía claro que tenía que esforzarse al máximo.

Él, en cambio, se acercaba más y más con la intención de follarle la boca por completo, deseaba tanto que ella lo tuviera completamente adentro, así que insistió a pesar de escuchar la tos reprimida y las arcadas que hacía. Se deleitaba al ver los hilos de saliva recorriendo sus labios, cayendo sobre su piel y sobre su verga, adoraba ver ese cabello rizado y rebelde sobre la cama, esos labios gruesos comiéndolo con ese placer casi infinito. Sí, ella era perfecta en todo sentido.

Pudo quedarse más tiempo allí, pero no pudo más, necesitaba poseerla a como diera lugar. Entonces, se lo sacó de golpe y procedió a darle unas cuantas bofetadas.

—Buena chica, buena chica.

Se posicionó rápidamente y con ambas manos, le tomó sus piernas para abríselas de par en par. Se encontró con ese coño perfecto, de labios anchos,

mojados y, sobre todo, caliente, tan caliente que se le hizo agua la boca esa idea de meterlo y de quedarse allí.

Así que no esperó demasiado, colocó la punta de su verga en toda la entrada de ese paraíso perfecto y lo empujó de un solo movimiento. Ella hizo un fuere alarido, seguido de una amplia sonrisa. Estaba feliz y realizada. Adoraba sentir la verga gruesa de él hasta el fondo.

Entonces él ajustó su pelvis y comenzó ese movimiento increíble de ir y salir que sólo producía ese roce perfecto. El calor se hizo más intenso, los jadeos y gemidos también. Ella se sostenía sobre las sábanas mientras era esclava de esas embestidas divinas. Era increíble, era como sentir que se perdía a sí misma para volver a encontrar con él.

Él la miraba y pensaba que era una diosa, no sabía lo mucho que la deseaba. Esperó demasiado tiempo en tenerla así y no quería que aquello se volviera a repetir.

Siguieron follando como unos animales. Cambiaron de posición varias veces. Ella en cuatro, una de sus posturas favoritas porque también podía nalguearla; de pie, de lado, y finalmente sentados, ella sobre él, en un movimiento sensual y lento.

Ella lo sentía mucho más así y de hecho pensaba que estaba a punto de llegar al orgasmo. Así que se sujetó de los hombros anchos de él. Sus piernas se agitaron fuertemente mientras que sus ojos se mantuvieron concentrados en los de su amante. Se miraron largo rato, hasta que Megan no lo soportó más, se corrió con él adentro, por lo que lo empapó por completo.

Con sus fuertes manos, la tomó por la cintura para sacarlo y también correrse. Su pene, tan duro que formaba un ángulo de 90°, comenzó a lanzar chorros de semen por los aires, aunque ella lo tomó por la base para masturbarlo un poco y ayudarlo durante el orgasmo. Le sonrió casi con maldad, mientras que él estaba todavía en ese punto de perdición.

Al final, le dio un beso y se bajó de la cama un poco aturdida. Fue al baño de la habitación, encendió la luz y miró de inmediato su reflejo en el espejo. Tenía el cabello más alborotado que de lo usual pero se veía radiante.

Comenzó a examinarse el cuerpo. Miró las marcas de las cintas de cuero sobre su piel. Unas líneas rojas que le indicaban que la sangre estaba seca. Se giraba y se sintió orgullosa de lo que estaba viendo. Le encantaba el dolor, y

le encantaban las marcas. Le gustaban porque decía que eran esos pequeños souvenirs de una buena sesión.

Se miró un rato más y observó sus ojos negros, su nariz ancha y labios gruesos. La piel morena de diferentes tonos, lo cual le daba risa. El peso que había perdido que le había dejado estrías y una dermis con pliegues. A pesar de ello, no se sentía mal al respecto, estaba orgullosa de sí misma y se sentía segura. Era todo lo que necesitaba.

Abrió las llaves de agua y juntó un poco entre sus manos. Se las llevó hacia el rostro y la temperatura fría fue suficiente como para que terminara de despertarse por completo. Estaba lista para tomar una ducha rápida, antes, se asomó por la puerta y se fijó en el estado de su acompañante. Él dormía plácidamente, como siempre lo hacía en momentos como ese. Nada en el mundo lo podría interrumpir aunque se estuviera cayendo.

Aprovechando la ocasión, entró entonces a la ducha y se bañó con agua caliente. Después de unos minutos, salió de allí y tomó una toalla. Agradeció el ligero calor que estaba haciendo en la habitación. Era algo sumamente agradable.

Dio unos cuantos pasos y tomó sus prendas y su morral. Allí tenía un cambio de ropa que había guardado por las dudas. Se agradeció a sí misma de haber sido tan precavida como para darse cuenta que tenía que tener un plan de rescate.

Buscó unos jeans oscuros, un suéter tejido con el cuello amplio, las zapatillas Adidas, y listo. Sólo bastaba colocarse el abrigo porque, aunque era otoño, el invierno estaba muy cerca y el frío estaba más fuerte.

Volvió al baño para acomodarse el cabello cuando notó que él despertó de pronto. Cerró los ojos con cierto gesto de cansancio, sabía que él le preguntaría algo. Le gustaba más cuando era sádico, controlador y agresivo con ella, le gustaba cómo se comportaba como Dominante, pero detestaba su lado vainilla.

—¿Qué haces?

—Me voy.

—¿Para dónde? ¿Por qué?

—Porque ya me quiero ir. ¿Hay un problema con eso?

—Es que pensé que te quedarías más tiempo. No sé, que iríamos a comer algo...

—No es necesario, me parece. ¿A ti sí? Lamento eso. Estuvo muy bueno todo, pero creo que es más que suficiente.

El hombre no lo podía creer. Esa indiferencia, ese trato frío que le cayó de la patada. Sólo se quedó impávido en medio de su desnudez. Luego de unos segundos, apenas pudo vociferar algunas palabras.

—Siempre caemos en este punto, Megan. Quiero acercarme a ti pero tú lo haces imposible. No puedo, no me dejas y no entiendo la razón.

Megan hizo un suspiro de resignación y de fastidio. No era la primera vez que ellos hablaban de eso, y ya para ella era como llover sobre mojado.

Lo cierto es que se conocían desde algún tiempo, se hicieron amigos y luego, amantes. Supieron sobre sus aficiones y de inmediato congeniaron. Ella se sentía libre y capaz de explorar lo que fuera con él. De hecho, así fue. Hicieron tríos, orgías, espectáculos de BDSM y hasta organizaron juntos una puja de esclavos y esclavas.

Estaban juntos y compenetrados. Sin embargo, Megan es una mujer que suele aburrirse rápido de la gente y, como no vio que las cosas fueran a alguna parte, así que dejó que las cosas terminaran por morirse.

Luego de un tiempo, ambos volvieron a reunirse para dejar las cosas sólo por lo carnal. Así que se encontraban en hoteles cuando las ganas eran demasiado fuertes. Aunque ella tenía otros compañeros, él siempre era una buena opción por tratarse de alguien que la conocía bien y que sabía hacer las cosas como le gustaban.

... Pero ya, ya no más que eso. El polvo y luego adiós. Pero esta vez no le funcionó. Algo le dijo que él había regresado a su vida con otras intenciones, pero ella ya estaba en otro plano, en otra vida y él sólo tenía un mínimo espacio en ella.

—Tienes que entender que las cosas han cambiado demasiado. Durante el tiempo que nos alejamos, los dos hemos cambiado mucho. Eso lo tienes que reconocer. Me tengo que ir, hablamos después.

No le dio oportunidad siquiera para responder. Lo dejó con la palabra en la boca. Megan odiaba ese tipo de situaciones emocionales innecesarias.

Él se quedó allí, mirando cómo iba hacia la puerta sin hacer mostrar un ápice de arrepentimiento. Sinceramente, para Megan la noche con él, había terminado.

Después de salir, cerró la puerta tras sí y respiró de alivio. Fue tan rápido como pudo al elevador para evitar más contratiempos. Marcó y esperó a que las puertas cerraran.

Al salir, se encontró el movimiento del lobby. Lo cierto es que estaba en uno de los edificios más elegantes de la ciudad. En el mero corazón de las residencias de ricos, políticos y famosos. Por lo que era de esperarse que se topara con rostros que le resultaran conocidos gracias a la televisión.

Pero para ella era cualquier cosa, incluso, a muchos de ellos los había visto en unas cuantas reuniones de Dominantes y sumisos. Sabía que allí, más de uno tenía un interesante historial de situaciones pervertidas.

Empujó la puerta principal y salió a la calle. La recibió ese aire frío que hizo que se ajustara más el abrigo que tenía puesto.

Cerró los ojos por un momento porque se sintió viva, plena. Adoraba la libertad que tenía y no lo quería cambiar por nada del mundo. Y así había sido desde siempre.

Podría decirse que, al menos en el exterior, había sido una niña normal que había crecido en un entorno familiar estable pero sobreprotegido. Quizás esa fue una de las razones principales por las cuales desarrolló una personalidad independiente.

De cierto modo, era estudiosa pero no demasiado, deportista pero tampoco demasiado, más bien se divertía lo más que pudiera. Le daba igual destacar porque no era algo que particularmente persiguiera, al menos no por sí misma.

Por otro lado, el ambiente social era otra cosa muy diferente. Si bien era indiferente con todo lo demás, era una chica sumamente popular. Había algo en ella que la hacía particularmente tan atrayente como si tuviera alguna especie de magnetismo, algo que le producía un efecto poderoso en los demás.

Con la adolescencia, vino el despertar sexual. Las hormonas estaban en su punto y cualquier roce podría propiciar un encuentro intenso y carnal. Esa

es la edad en donde un mundo completamente diferente se abre ante nosotros.

Lo fue así para Megan, la dulce, la intensa, la popular. Como siempre, rodeada de gente, de chicas y chicos, sabía cómo moverse fácilmente entre la gente. La llamaban para fiestas, reuniones o charlas en los estacionamientos de los locales de comida rápida. Sus anécdotas y demás historias eran el gancho para el resto de los mortales que también quedaban embelesados por un físico atractivo y cada vez más hermoso.

Su tez morena, los labios gruesos y ese cabello largo, negro y rizado. Era como si tuviera un vendaval que se llevaba a todo el mundo por delante. Era más intenso gracias a esa actitud segura y confiada.

Como para toda joven como ella, los de su edad eran más bien aburridos y tontos. Los chicos con pretensiones de amor eterno, le resultaban molestos y hasta predecibles. A esa edad ya estaba dando muestras de ser una persona insaciable. Quería más y lo quería rápido, intenso, fuerte. Pero, ¿cómo?

No tenía idea, pero lo seguro era que no sería de manera convencional. Eso lo tenía bastante claro.

—¿Has visto el nuevo cuidador de la biblioteca?

—Ala, que no. ¿Qué tal está?

—Está majísimo. Es mayor, claro, pero es bello, guapísimo. Todas estamos babeadas por él y creo que también quedarás así por él.

—Pero no exageres, eh. Son ideas tuyas.

—No lo son, tía. Tienes que verlo. Cuando lo hagas, me darás la razón.

Con esa expresión de hastío, la acompañaron hasta uno de los últimos rincones de ese gran colegio. Sus amigas estaban emocionadas y ella, para variar, estaba más aburrida de lo normal. No entendía la euforia.

—¡Mira!, allá está.

Siguió con los ojos la punta del dedo de una de su grupo, quien sonreía casi frenéticamente. Lo hizo hasta encontrarse con él y fue allí cuando sintió que un rayo la había partido en dos.

Estaba sentado con un libro en frente y, a pesar de estar en esa posición, sabía que era alto y delgado. Se sintió atraída por los tatuajes que trataba de disimular con la camisa formal que tenía, y por el cabello espeso y negro.

Además, el perfil perfecto casi como si fuera esculpido por una mano divina. ¿Acaso era posible que existiera un hombre así?

Tenía las piernas cruzadas, por lo que pudo ver que portaba unos New Balance amarillos que contrastaban con sus jeans oscuros. Estaba concentrado y absorto en su mundo. Parecía la cosa más bella del mundo.

Megan se quedó mirándolo, hundiéndose en los detalles de su cuerpo y de su rostro. Estaba maravillada, encantada, no podía salir de ese estado por más que se lo dijera a su cerebro. Se hizo esclava de él desde ese momento.

—¿Eh, tía? Te has quedado como muda, eh. Te dije, te dije que era majísimo.

—Me encantan sus tatuajes, se ven tan chico malo.

—¿De dónde habrá salido? Nunca lo he visto por el vecindario.

—Tengo ganas de hablarle, pero me da miedo. ¡Ay, qué tonta!

Ella, por otro lado, no podía pronunciar palabra. Estaba impresionada y no sabía qué hacer con ese cúmulo de emociones.

Sonó el timbre para regresar a clases y cuando sus amigas corrieron para no perder la hora, Megan se quedó allí porque sus pies se convirtieron en un par de plomos. En ese instante, el misterioso chico, giró la cabeza y se miraron por unos segundos.

Tenía los ojos azules más hermosos que había visto y el rostro tan perfecto que hubo un momento que todo le pareció irreal. El tiempo se detuvo y los ruidos cesaron. No había nada más, sólo su cuerpo y el de él flotando sobre ese espacio.

Quiso irse, quiso huir pero no pudo, le fue imposible y él lo supo. Fue allí cuando le dirigió una sonrisa y ella, imitó el gesto casi torpemente. En ese momento, no había rastro de la chica segura y magnética de siempre, sólo era un compendio de átomos suspendidos en el aire.

—Vamos, Megan. Que llegarás tarde.

Escuchó la voz de una maestra que le decía suavemente que era hora de estudiar. El chico misterioso de sonrisa aplastante, la siguió con la mirada, hasta que finalmente se volvió a concentrar en el libro que tenía frente a él.

Durante toda la hora, mantuvo la mirada fija en un punto en el pizarrón.

El profesor de Aritmética escribía fórmulas sin parar en esa superficie blanca y brillante, mientras ella sólo pensaba en él.

Todos escribían menos ella, todos estaba concentrados menos ella, ¿por qué? Porque un desconocido fue capaz de desconectarla de la realidad con una fuerza sorprendente.

Tuvo esa sensación hasta casi terminar el día. Sus amigas seguían hablando de él y de otros quienes estudiaban con ellas, pero Megan no podía dejar de pensar en esos tatuajes ocultos y esa expresión de maldad que tenía ese chico. Después de estar anonadada, estaba recobrando un poco de consciencia al darse cuenta que tenía que averiguar más de él.

Dio la excusa de que tenía que quedarse más rato para estudiar y así se liberó de sus eternas acompañantes. Cuando por fin lo logró, ella respiró profundamente y tomó impulso. Caminó por los pasillos y volvió a adentrarse a la zona más alejada del colegio, irónicamente era así.

La biblioteca era un gran espacio rodeado de ventanales y frente a un patio interno siempre hermoso y verde. Se asomó con cuidado para que no la descubrieran. Y fue allí cuando lo miró de nuevo, tan alto y espigado que se sintió intimidada por él.

—Pero, joder, ¿qué me pasa?

Era obvio, estaba prendada de él y no sabía cómo actuar porque era la primera vez que le había pasado algo así. Caminó hacia una columna y siguió mirándolo estupefacta. Estaba hablando con alguien y sólo lograba ver que asentía suavemente.

No podía quedarse allí para siempre, así que entró de un golpe y llevada por un instinto desconocido, se acercó hacia él, quien ya estaba desocupado.

—¿Cómo te llamas? —Dijo ella con la voz más segura que pudo.

Él se giró y la miró con esa sonrisa, de nuevo. Le pareció dulce y también valiente.

—Conrad. ¿Y el tuyo?

—Megan.

—Hola, Megan. Veo que eres una chica valiente, pensé que no te atreverías a hablar conmigo.

Ella sintió un repentino rubor en las mejillas y él rió un poco. Se acercó un poco hacia ella pero Megan no se echó para atrás. Se mantuvo plantada, segura.

—¿Qué haces aquí? ¿Vienes a buscar un libro?

—No, sólo quise saber tu nombre y... preguntarte algo.

—A ver, dime.

—¿Estás trabajando aquí?

—Sí. Por unos meses o hasta lo decida la directora. Veremos qué sucede.

—¿Así que te veré más seguido?

—Eso depende si eso es lo que quieres.

Nadie le había respondido así, con ese descaro, con esa seguridad. Sintió que los vellos de su piel estaban erizados y un frío poderoso en la espina de su espalda. Estaba impresionada pero también encantada.

—... Claro que quiero.

Esa respuesta ni siquiera supo de dónde salió, sin embargo, lo dijo y esperó ansiosa la respuesta de él. Conrad la miró con cierta complicidad, y sólo sonrió.

—Vale, me gusta eso.

Después de ese día, Megan y Conrad comenzaron a compartir momentos que fueron de charlas pequeñas en la biblioteca, hasta que poco a poco, construyeron una interesante confianza.

—¿Qué harás después de clases?

—Nada, creo. Supongo que ir a casa a estudiar.

—¿Estudias? No me digas que eres de esas chicas que sólo devoran libros.

—Ja, ja, ja. Algo así, es que no lo sé.

—Vale, ¿qué tal si vamos a comer algo? Hay un autocine y están proyectando películas clásicas y me gustaría que fueras conmigo.

Ella le hacía sentir especial que él, una de las personas más interesantes

que había conocido, pensara en invitarla.

—Pues, me flipa.

Regresó a casa y se echó sobre la cama y se quedó mirando el techo sintiendo el entusiasmo. La emoción que sentía de verlo en un contexto completamente diferente, la hacía sentir más niña de lo que ya se sentía.

Quedaron para verse al final de la tarde, así que estuvo sobre su cama un buen rato hasta que comenzó a prepararse.

Mientras estaba arreglándose, recordó que había ocultado por un tiempo que hablaba con él hasta que una de sus amigas descubrió que, efectivamente, estaban juntos. Ella trataba de responder con evasivas porque no quería fantasear demasiado —aunque sólo se lo permitía internamente—.

Después de esperar un rato, se levantó de la cama y comenzó a prepararse. No podía dejar de sonreír al imaginarse las cosas que haría con él, lo que compartirían, y de lo que hablarían. Se veía tan interesante, tan único.

Se colocó un vestido de flores blancas, una chupa vaquera y unos Converse blancos. Se dejó el cabello de lado y se miró en el espejo. Sería la primera vez que haría algo así, aunque fuera la chica más popular de su escuela.

Miró por la ventana y vio un Cadillac rojo aparcando. Tomó su bolso y salió corriendo por las escaleras, no quería hacerlo esperar demasiado tiempo. Se despidió de su madre y salió como si fuera un espíritu libre.

Ahí estaba él, parado sobre la puerta del copiloto. Con jeans rotos, una camiseta blanca y unas botas de cuero desgastado. Se veía peligroso e intimidante. Él, apenas la vio, sonrió y la abrazó.

—Te ves guapísima.

—Tú también te ves muy bien.

Se miraron y de nuevo experimentó esa sensación de perderse en los ojos de él. El paraíso era él, su piel y su calor. No había nada más perfecto que eso.

Se subieron al coche y anduvieron por la ciudad con el cabello en el aire y con rock de fondo. Megan se sentía más rebelde y viva que nunca. Luego se recordaría que jamás olvidaría esa escena por más esfuerzo que hiciera.

Llegaron finalmente a un autocine que había cerrado muchos años atrás, pero que gracias a los hipsters y millenials, había regresado a la vida.

Conrad aparcó en un puesto, más o menos cerca de la pantalla. Al detenerse, echó la cabeza sobre el asiento y la miró con tranquilidad.

—¿Tienes hambre?

—Sí, un poco.

—Vale, déjame comprar unas hamburguesas. Espérame aquí.

Le hizo un guiño y la dejó en el coche. Ella se sentía como la chica más afortunada del mundo. Al rato, regresó con una bandeja que ajustó en su puesto y se apresuró en sentarse.

—Parece que ya va a comenzar.

La película era lo de menos, la verdad. Sólo importaba tener tiempo para él, para conocerlo y para disfrutar de una cita como esa. Por más segura y autosuficiente que pareciera, estaba nerviosa y le encantaba la sensación que estaba experimentando.

Al final, resultó ser una película de terror de los 50. Casi nadie le estaba prestando atención ya que la gente iba y venía, bromeaba y jugaba entre sí. No pasó demasiado tiempo para que ambos comenzaran a hablar de otras cosas.

—Me mudé de ciudad y conseguí este trabajo. De hecho, debería estar en la universidad pero quiero pasar un año para mí. Aunque esa idea no era la mejor opción para mi mamá. Pero qué más da. La vida es una sola.

Él representaba todo lo que quería en la vida. Apenas era dos años mayor que ella y tenía un destino marcado para su vida. Deseó tanto irse con él, perderse, escaparse.

Disimulaba lo atontada que se sentía por él. Ese aspecto de chico malo le encantaba. Podía ver los tatuajes con mayor nitidez, gracias a las mangas cortas de la camiseta. Detalló sus piernas anchas y su espalda definida. Lucía sencillo y tan provocador. Pensaba que perdería el control con él.

Después de un par de horas, estaban en camino a su casa. Ella pensó que no podría ser más perfecto, hasta que él, luego de aparcar frente a su casa, la miró como si nada más importara. Estiró su brazo y sintió los dedos de él

adentrándose en esa enredadera negra. Megan se sintió nerviosa pero algo le dijo que tenía que seguir, que su instinto era quedarse con él, juntarse y perderse en ese rostro hermoso. El corazón estaba punto de salirse del pecho. Él sonrió de nuevo y juntó su rostro con el de ella.

—Tranquila.

En el momento menos esperado, ambos se besaron en medio del silencio de la noche, con el brillo de las estrellas y de la luna sobre sus cabezas. Fue más que perfecto.

Quedaron para otras citas y otros encuentros. Para Megan, su mundo se transformó por completo, sólo era él y nadie más.

Por supuesto, tuvieron que hablar al respecto, nadie podía saber de esa relación porque ambos podrían meterse en problemas. Pero, ¿acaso importaba? Para ella valía la pena tomar el riesgo y mucho más.

Nunca se sintió tan feliz en su vida. Los besos de Conrad, las caricias, su aliento y su cuerpo, todo era de lo más perfecto. Sin embargo, estaba segura que en cualquier momento perdería la oportunidad de contenerse por más tiempo.

Una noche que estaban juntos, en el Cadillac rojo, estaban besándose en un mirador de la ciudad. Las luces parecían pequeñas estrellas en la tierra y el cielo lucía como un gran manto negro sobre ellos.

La lengua de Conrad se entremezclaba con la de ella, así como sus labios. El aliento caliente de él envolvió el suyo y tuvo esa ligera sensación de que las cosas llegarían a otra situación completamente diferente. Sin embargo, ya estaba lista para ello.

Él se alejó un poco de ella y concentró sus grandes ojos azules en su rostro. Esperó un momento antes de hablarle, porque era obvio que estaba esperando por tener un poco de fuerza antes de hablar.

—¿Quieres?

Ella comprendió perfectamente lo que quiso decir, por lo que asintió ligeramente y él se quedó serio.

—¿Segura?

—Más que nunca.

Apenas terminó, fue hacia ella para besarla con pasión y desenfreno. Megan estaba preparada desde hacía tiempo.

—No será aquí. Esto no es un buen lugar para una chica como tú.

Tomó el volante y la palanca de velocidades, en un santiamén estaban flotando sobre el asfalto, en dirección hacia un lugar en donde pudieran tener una mayor libertad de tener intimidad.

Dieron con un motel en las lejanías de la ciudad. Uno de aspecto un poco viejo pero para ella ese tema era irrelevante, sentía que era el momento y el lugar adecuado.

Entraron en una habitación y enseguida se acostaron. Fue inevitable no sentir el miedo pero estaba entre sus brazos, así que por momentos se le olvidaba el nerviosismo que parecía que la consumiría de un momento a otro.

Volvieron a besarse y las manos de él fueron hacia sus piernas para acariciarlas. Ella cerró los ojos y dejó que su mente y cuerpo se entregaran por completo. No había miedo ni temor, esa era la decisión que había tomado y sólo seguiría adelante.

Él fue dulce en todo momento, la acarició y la hizo suya con una delicadeza extrema y pura. Al final, se quedaron entrelazados entre el calor del sexo y del deseo que parecía consumirlos por completo.

Megan salió de ese lugar transformada en una persona completamente diferente, con una visión de mundo y con ganas de vivir más y más experiencias.

Aunque hubiese querido estar con él por más tiempo, no pudo ser. Apenas meses después, él decidió irse porque deseaba encontrar un rumbo diferente en la vida. La despedida, sin embargo, se alargó por una semana. Se habían vuelto inseparables.

Pasaron semanas e incluso meses para que ella se diera cuenta que él no sería el único, aunque sabía que había hecho una marca importante en su vida. Pero claro, eso no sería suficiente como para detenerla.

Terminó la escuela con una visión diferente de las cosas e ingresó en la universidad, ávida de todo, pero básicamente de hombres y de fiestas. Quería conocer de todo y no quería sentir nada de límites. Deseaba ir más allá de lo que fuera posible.

Durante esa época, asistió a todo tipo de grupos y de reuniones pero no hubo nada que le llamara la atención. Hasta que la invitaron a una reunión BDSM. No tenía remota idea de lo que era, así que lo tomó como una señal para que hiciera algo diferente y entretenido en medio del aburrimiento que sentía por todo.

Se vistió y se preparó para ir a ese lugar misterioso que de la invitación. Le resultó gracioso todo el misticismo del asunto, hasta que se percató de lo que tenía frente así.

Gente vestida de cuero y látex. Unos usando máscaras y otros no. Unos desnudos, portando cadenas o ropas muy elegantes. La situación era confusa pero no quiso irse de allí, tenía la sensación de que tenía que conocer más al respecto.

Se dio cuenta que había una serie de eventos y de reuniones pequeñas alrededor. Así que se aseguró de visitar algunas para tener una idea un poco más clara de todo. Se sorprendió de descubrir una especie de puja por esclavos, mientras que en el otro lado, alguien hacía el esfuerzo de no exclamar demasiados gritos porque alguien se lo había ordenado.

En medio de todo, estaba confundida pero, por suerte, se le acercó un hombre alto y atractivo que la tomó por el brazo y la llevó junto a la mesa. Comenzaron a hablar, aunque fue más bien ella tratando de saber un poco más sobre el lugar en donde se encontraba.

Salió de allí como si hubiera dado con una información vital, con algo que sabía que haría que su vida diera un giro de 180°... y así fue.

Este mismo hombre la introdujo en el mundo BDSM como sumisa. Al principio, le costó un poco de trabajo entender pero al mismo tiempo tenía la sensación de que todo aquello le resultaba fácil porque se hundía cada vez más en ese ser pervertido y repleto de ganas de probar los límites, así como pasarlos.

Hizo de todo con él, incluso se permitió vivir la tortura de sangre y fuego. Lo que hubiera resultado ser demasiado para cualquier persona, para ella era una decisión más que obvia que tomó sin pensarlo dos veces.

Descubrió ese gusto por el dolor y la obediencia, siempre y claro se respetara sus principios de libertad, ya que no estaba dispuesta de dejar aquello que tanto quería y que tanto le había costado.

Se acostumbró a llevar las cosas a su propio ritmo, así que cuando sentía que estaban a punto de quitarle su seguridad, se iba y dejaba la relación. Así de sencillo.

Práctica, sexy, loca de atar y hasta un poco psicópata, Megan era esa mezcla explosiva que los hombres querían experimentar... Y ella lo sabía.

Caminó entonces por la calle concentrada y agradecida por los dolores que le habían provocado horas antes. El frío de la calle hizo que se sujetara más el abrigo y caminara un poco más de prisa. Deseaba resguardarse en la estación del subterráneo y así ir a casa. Deseaba acostarse en su cama y olvidar a todo lo demás.

Bajó las escaleras rápidamente y se detuvo a esperar el tren. Pensó en lo delicioso que había sido la sesión pero, para ser sincera con ella misma, pensó que podría hacer algo más, algo que terminara de satisfacer esos deseos y esa lujuria que siempre estaban en ella.

Se subió en el tren apenas este se detuvo. A pesar de todo, se dio cuenta que estaba más o menos solo, por lo que tendría un paseo rápido y sin tanta gente. Se quedó de pie porque se sentía más cómoda de esa manera.

Entonces, se dispuso a observar a la gente que se encontraba alrededor de ella. Entre todos, vio a una pareja besándose y a abrazándose. Eran más chicos que ella pero no unos adolescentes.

El hecho es que los miro por todo el rato, haciendo el esfuerzo de que no se dieran cuenta que había una completa desconocida que los miraba con un deleite interno, plácida por contar con un estímulo visual tan delicioso como ese.

Ella estaba quieta, en silencio, mientras los miraba uno sobre el otro, en esos asientos incómodos y necios que estaban en el tren. Ella tenía sus piernas sobre las rodillas de él, en tanto que él, con sus manos, acariciaba esos muslos blancos y de apariencia suave.

En medio de sus toqueteos, sus lenguas iban y venían, al igual que sus bocas. Parecían estar desesperados por follar, sin embargo, no podían sólo por el hecho de encontrarse en un lugar rodeado de gente. De lo contrario, no se lo hubieran pensado demasiado.

Megan, por otro lado, estaba excitándose cada vez más. De hecho,

disfrutaba de mirar a otros y más cuando estos parecían no darse cuenta de que era así. Le encantaba ver la forma en que la gente se tocaba y se daba placer, absortos en su mundo. Así de fuerte era el deseo y así debía celebrarse.

Se bajó entonces de la estación y subió las escaleras para salir de esta. Miró hacia los lados de la acera y camino hacia el norte en donde estaba el edificio en donde vivía. Mientras lo hacía, el calor de su vulva se hacía cada vez más intenso, por ello sonría sola en la calle, consciente que estaba cerca de llegar y que pronto pondría fin a la desesperación que estaba sintiendo por masturbarse.

Entonces, después de unos minutos, entró al edificio, saludó el portero amablemente y tomó el elevador. Miró hacia los pisos hasta que divisó el número seis. Se abrieron las puertas y salió con calma.

Se dirigió a su derecha y sacó unas llaves, introdujo una y abrió la puerta para encontrarse el departamento completamente oscuro y solo.

Luego de cerrar tras sí, y de dejar sus cosas en una silla de madera que tenía cerca, comenzó a desvestirse poco a poco, como si tuviera la intención de no hacerse daño con las manos.

Lo cierto es que lo hizo de esa manera porque había partes de su cuerpo que estaban aún marcadas y heridas, así que debía tratarse a sí misma con cierta delicadeza. Así pues, luego de quedar desnuda completamente, se preparó para ir a su habitación.

Entró y se dejó caer sobre la cama, extendiéndose por completo. Sintió la suavidad de las sábanas y de la cama la cual, estaba caliente.

Cerró los ojos y se de inmediato colocó sus dedos sobre su vulva. El clítoris ya estaba hinchado, así que no hizo demasiada falta en prenderse con un par de toques. Se mordió la boca y comenzó a masturbarse tan dulce y exquisitamente que olvidó por completo que sentía aún el dolor de los latigazos y del ardor que habían quedado en sus pezones después de haberle colocado pinzas de madera.

Pero el deseo era mucho más grande que ella, la hacía elevarse e flotar por lugares insospechados. Le encantaba sentirse así, por ello no perdía oportunidad de experimentar cada vez más, tanto como fuera posible.

De lento fue a rápido, y de suave a duro. Tenía dos dedos dentro de ella y uno estaba colocado sobre el clítoris, haciendo la presión necesaria para que se mojara cada vez más. Cada vez que lo hacía, sentía una especie de corriente que le recorría parte de la espalda y de las piernas.

Siguió imaginándose siendo devorada por esos labios tan efusivos y ardientes, pensó en colocarse en medio y seducir a los dos, tentarlos hasta que ninguno pudiera ofrecer resistencia a lo que estaba pasando.

Poco a poco, se percató que la sensación se volvió mucho más intensa, por lo que continuó tocándose persistentemente. Al final, un gran alarido salió de sus entrañas para terminar con un gran orgasmo que acabó por manifestarse en un potente chorro de sus fluidos.

Continuó tocándose hasta terminó de hundirse en la lujuria y sus manos dejaron de moverse. Extendió sus brazos sobre la cama al mismo tiempo que su respiración aún estaba agitada.

Poco a poco recobró la calma y cuando por fin lo logró, se quedó tendida, cansada pero feliz. Con una amplia sonrisa que le confirmaba que el sexo, al menos para ella, era lo mejor que le había pasado en la vida.



II

—**E**xcelente, Karl. Este informe está impecable, la verdad es que no me esperaba menos de ti.

—Muchas gracias. Igual hice un respaldo que se encuentra subido en la nube de la empresa. Podrá consultarlo allí las veces que quiera.

—Karl... —Dijo la mujer— Sabes que puedes tratarme de tú. No hay ningún problema.

—No se preocupe, así me siento mejor. Gracias.

Mantuvo fija la mirada hacia la mujer que lo interrogaba. Ella, al darse cuenta que no obtuvo la respuesta que quería, hizo un suspiro de resignación y lo despachó de su oficina.

—Bien, Karl. Excelente trabajo como siempre.

—Gracias, señora.

Se levantó de la silla y dejó en evidencia la altura de su cuerpo imponente, además de una figura tallada gracias al ejercicio y el entrenamiento constante. Se ajustó los lentes y salió de la oficina con paso seguro y confiado.

Lo cierto es que aquella mujer y él tuvieron varios encuentros sexuales intensos. Primero, gracias a la obsesión de él por esas piernas largas y firmes que lograba ver las veces que ella usaba vestidos o faldas. Las conversaciones cordiales de trabajo, se volvieron más frecuentes hasta que, eventualmente, la tensión se resolvió con una serie de besos y toqueteos intensos en su oficina... prácticamente a la vista de los demás.

Pero Karl era así. De hecho, debajo de su aspecto tranquilo y comedido, era un tío bastante pervertido y morboso, al punto que a veces dudaba de su propia capacidad de autocontrol y dominio. Era como si algo tomara control de él.

Las cosas parecieron funcionar por un tiempo. Hicieron el esfuerzo de mantener la seriedad y de separar el deseo de los asuntos laborales. Él se encontró feliz de hallar el equilibrio perfecto, por lo que estuvo bastante

conforme de la situación.

Sin embargo, los planes se fueron a la borda porque ella comenzó a experimentar la necesidad de controlarlo y de pasar más tiempo con él, no sólo por sexo sino también por compañía.

—Lo que estás buscando ya es otra cosa, algo que no te puedo ni quiero ofrecer.

Su honestidad brutal la golpeó de frente. Ella se pensó que era especial por la forma en cómo él la trataba, pero lo cierto era que sólo una cifra más entre esa larga lista de mujeres que habían formado parte de su vida.

Ella cedió pensando que sería una cuestión sin importancia y que se le pasaría con el paso del tiempo. Pero no, no contaba con que Karl fuera tan tajante y estricto con sus decisiones. La decepción de no haberlo podido atrapar, la hizo sentir mal consigo misma.

Así pues, que luego de esa ruptura, ella lo invitaba a hablar a solar en la oficina con la excusa de discutir informes y trabajos, pero el resultado siempre era el mismo. Karl no se doblegaría ni por un momento, su voluntad era de hierro y así serían las cosas. Por su tranquilidad y porque realmente le gustaba su trabajo.

Comenzó a caminar por el pasillo con calma y pensando en las cosas que debía hacer. Entre ellas, comprar algunas cuerdas para una muestra de suspensiones que tendría para esa semana.

Bien, Karl no sólo era un contador muy eficiente, sino también un Dominante dedicado y comprometido. Eso se debía principalmente, a ese carácter serio y metódico.

Iba caminando con el itinerario en mente sobre las cosas que tenía que hacer. Durante el tramo, se percató que había gente que lo miraba, sobre todo las mujeres, esas mismas que lo deseaban en secreto a pesar que no lo era tanto para él.

Llegó a su oficina y se sentó en la silla. Se quitó los lentes y presionó el puente de la nariz con el dedo índice y el pulgar. Se quedó callado, respiró profundo y se sintió un poco más relajado. Tenía la necesidad de tomar un espacio para sí mismo, sobre todo por esa absurda cantidad de informes que tenía que hacer por complacer caprichos.

Volvió a la pantalla de su computadora y comenzó a teclear rápidamente. Tenía un trabajo pendiente por hacer y necesitaba salir temprano. Ansiaba el momento de encontrarse con esa mujer que le había prácticamente rogado que le hiciera lo que le placiera.

Lo cierto es que Karl no era como el común de los hombres. Era atento, respetuoso, caballeroso y le gustaba escuchar a las mujeres. Además, no podía dejarse de lado el hecho de que era tremendamente apuesto, así que cualquier mujer podría sentirse inmediatamente atraída hacia él.

Fue criado por su madre y su hermana mayor, de allí su comprensión y entendimiento hacia las mujeres. De hecho, gracias a su capacidad de observación y de detalle, sabía qué decir y que no decir. Una actitud que lo dejaría como un completo ganador.

A pesar de tener un carácter callado y silencioso, no se hizo esperar que tuviera un comportamiento inclinado hacia los deportes y la competitividad. De hecho, despertaba de cierta manera, ese aspecto casi primitivo que todo ser humano tiene por dentro.

Se hizo capitán del equipo de fútbol americano y de ajedrez. Dos cosas que parecían antagónicas pero que para él representaba la unión perfecta.

Por un lado, el ejercicio y las hormonas, influyeron en su altura y contextura. Se convirtió en un muchacho alto, espigado y con un físico atractivo. En cuanto a los estudios, la lectura constante y la atracción al conocimiento también afinaron su mente. Incluso influyó en la futura percepción de las cosas que le rodeaban y en cuanto a la perspectiva de la vida.

A veces le resultaba molesto los comentarios de sus amigos y compañeros, esos mismos teñidos de palabras inmaduras y faltas de experiencia. Él no se quedaba atrás pero le parecía que a veces los chicos, sólo por el hecho de querer figurar, hacían lo posible para hacerse ver como más interesantes o varoniles.

Apartando ese hecho, por dentro también desarrolló un gusto por las mujeres. Tenía un prototipo favorito, prefería aquellas de aspecto diferente y hasta exótico, atípico, aquellas que se salían del molde porque tenían la valentía de enfrentarse a los cánones sociales. En la noche soñaba con alguna que hubiera visto en la televisión o en la prensa, cerraba los ojos y se

imaginaba que tenía flotaba en un mundo de fantasías increíbles y geniales.

Aunque siempre sintió la curiosidad de estar con alguna, pensaba que no era un asunto demasiado importante. Así permaneció por varios años, como el chico objeto del deseo, hasta que justo en el año de su graduación, la conoció a ella. A la persona que cambiaría por completo su percepción sobre la vida, el sexo e incluso del amor.

Llegó a su escuela como sustituta del profesor de Química. La miró entrar al salón con ese cabello largo y negro casi ondeando por el aire. Su sonrisa cálida que resaltaban sus pómulos pronunciados, el brillo de su piel morena y el negro intenso de sus ojos rasgados. El paso seguro, la falda por las rodillas y los tacones que le daban cierto aire autoritario. Todos parecieron quedar hipnotizados por su presencia y ella ya lo sabía.

—Hola, chicos. Me llamo Elisa. Estaré este semestre con ustedes porque el profesor se encuentra envuelto en un proyecto muy importante. Así que espero que nos las llevemos muy bien.

Tenía la voz agradable, un timbre armonioso, tanto que le sonó como el canto de los ángeles. ¿Acaso ella era alguno de ellos? Tuvo la sensación de que así era.

Nunca había sido torpe o descuidado, pero comenzó a serlo sobre todo cuando ella estaba cerca de él. Para Elisa, la dulce Elisa, él era un chico más pero para él, ella era el centro de su universo.

De repente cambió todos sus hábitos, incluso casi se sintió obsesivo con ella. De vez en cuando se reprochaba constantemente lo que hacía era decirse a sí mismo que era un tonto y que estaba cayendo en la misma conducta odiosa de sus amigos. Nada más detestable que eso.

Pero era un chico, era un ser humano con sentimientos y deseos, y su máximo deseo era estar con ella. Era lo que más quería en este mundo.

Así que por varios días trató de llamar su atención pero no lo lograba. Se sentía frustrado y no sabía qué hacer. Del desespero, un día esperó que terminaran las clases para hablar con ella. No podía más.

La encontró borrando el pizarrón. Estaba absorta en lo que estaba haciendo, pero él detallaba ese vestido rojo que parecía ir perfecto con su tono de piel. Ella presintió la presencia de él y lo miró un poco asustada. Sin

embargo, antes de pronunciar palabra, se dio cuenta que Karl parecía urgido de decir algo muy importante.

—He hecho un esfuerzo de contenerme pero no puedo más. Usted sabe que me gusta pero me ha evadido de todas las maneras, así que se lo digo de frente para que lo tenga presente y sepa lo que sucede con mis sentimientos.

Karle lanzó ese cúmulo de palabras en el aire y sintió que estaba más aliviado que nunca. Ya no le dolía la cabeza, ni el cuerpo, expulsó todo eso sin importarle demasiado las consecuencias. Por primera vez supo aquello que decía sus compañeros y lo que veía en las películas. De repente todo tenía un increíble sentido.

Era el último día de clases, quizás por eso no se sintió especialmente preocupado por el después. El hecho es que se quedó allí, mirando cómo la luz del atardecer resaltaba su figura. Parecía un ángel. Hermosa y sublime.

Su pecho aún latía con fuerza cuando la miró acercarse a él. Tímida, diferente a esa mujer segura que entraba al salón. Le sonrió y miró la curvatura perfecta de sus labios. Estiró la mano y le acarició el rostro. Karl, mientras, estaba hecho de hielo, no podía moverse ante eso que estaba sucediendo. No podía creer que pudiera ser verdad.

No hubo palabras aunque quisiera, no hizo falta. El lenguaje del cuerpo y de la pasión no hace falta eso. Así que él sólo se dedicó a recibirla entre sus brazos con la mirada sostenida en sus ojos. Se acercaron mutuamente hasta que la tensión se rompió y se besaron en la soledad del salón y de la escuela.

Estaba rompiendo todas las reglas, quizás más de uno se hubiera escandalizado ante semejante imagen. Pero no tenía importancia para ellos, obviamente.

Las manos de él fueron hacia su cintura, colocándose allí como si fuera el lugar más perfecto sobre la tierra. Al menos lo era así para él.

Prácticamente quedó embriagado por el aliento y por el calor que emanaba del cuerpo de Elisa. Inmediatamente escuchó los suaves gemidos que salían de su boca, esa respiración cortada y la agitación de su pecho glorioso. El controlado y paciente Karl, el buen chico, el bien portado y ejemplo de lo que debía ser un adolescente, poco a poco se estaba convirtiendo en una imagen que se diluía.

Ese beso se volvió más intenso, a tal punto que él experimentó la sensación de que todo había desaparecido de repente, como por acto de magia. Pero eso sólo fue el comienzo, porque también sintió que algo crecía dentro de él, como una especie de fuerza, de calor, un ímpetu que se volvía más grande y que casi parecía tomar el control de la situación. Fue extraño pero aun así no le importó seguir porque, dentro de todo, estaba harto de seguir los convencionalismos que lo volvían una imagen de una persona que realmente no era.

—No podemos hacerlo aquí. Es peligroso.

Ella se apartó repentinamente, cortándole todo lo que se había construido entre los dos. Era lógico, estaban en el lugar menos indicado para ello. No obstante, el daño se había hecho, Karl ya no fue el mismo después de ese instante, y no tenía intenciones de volver a serlo.

Quedaron para verse después, no pusieron una fecha porque entre los dos parecía que había quedado la sensación de que no pasaría demasiado tiempo para que ese encuentro se diera.

Entonces salió del lugar con paso firme y se adentró en sus pensamientos. Estaba decidido en hacer que el cuerpo de esa mujer fuera suyo, de una vez por todas.

Lo cierto que pasaron un par de días para que se encontraran de nuevo. Como la primera vez, fue por cuestión de la casualidad. Él tuvo que regresar a la secundaria por una reunión de futuros egresados y ella estaba allí para ayudar a los preparativos de la fiesta.

Externamente, lucía como siempre, tranquilo, sereno, como si no existiera nada capaz de quitarle su tranquilidad. Pero la realidad era muy diferente, por dentro parecía un volcán a punto de estallar, estaba desesperado por descubrir las maravillas que se escondían entre esas hermosas piernas.

La asamblea de estudiantes se celebró en la cancha de básquet. Todos parecían muy concentrados y hasta emocionados por lo que estaban escuchando, todo menos Karl. Él estaba agudizando la mirada hacia los lados para ver dónde se encontraba ella. Justo miró que se había escabullido y él lo tomó como la oportunidad perfecta para verse con ella.

Se levantó decididamente y se dirigió a esa misma puerta que ella usó para salir. Se encontró con el pasillo oscuro y decidió tomar el camino que le

pareció obvio. La buscó y la halló en la pequeña oficina de copiado. Tenía la expresión de sorpresa pero también de placer. Le daba gusto verlo.

Se quedaron por unos momentos como suspendidos en la situación, pero él fue hacia ella, para abrazarla y tomarla contra su cuerpo. Ella casi por completo, ya que el último vestigio de autocontrol lo dejó cuando cerró la puerta para que pudieran comerse como querían.

El cuerpo de Karl parecía estar rodeado de llamas, y deseaba que ella también se quemara junto con él. La tomó con ambas manos y la colocó sobre una mesa de madera que estaba allí, antes, barrió todo lo que estaba en la superficie para dejarla allí.

Él se había privado tanto de sus instintos que por momentos se sentía un poco torpe, sobre todo, porque no sabía muy bien por dónde comenzar. ¿Debía quitarle la falda? ¿Debía decir algo?

Sintió las manos de ella sobre su rostro y se encontró con el negro de sus ojos, los cuales se veían más brillantes que nunca.

—Relájate, sabes muy bien lo que tienes que hacer. ¿Vale?

Comprendió de inmediato lo que le quiso decir. Se relajó e hizo que su cerebro dejara de procesar esos pensamientos inconvenientes y molestos. Por ello, fue hacia ella para besarla, para sentir su calor y entregarse a la intensidad del momento por completo. Sintió que flotaba por los aires, que era capaz de lograr cualquier cosa.

Sus manos fueron debajo de su falda. Ella gimió de inmediato y uno de sus dedos fue a parar a su clítoris. Apenas lo tocó, Elisa gimió un poco más fuerte pero sabiendo que no podía hacer demasiado ruido por el lugar en donde estaban. Karl, no obstante, comenzó a masturbarla poco a poco, suavemente para sentir la humedad de ella, ese calor abrasador que tanto le gustaba experimentar.

Él también comenzó a jadear un poco porque la excitación era mucho más intensa de lo que había previsto. Sin embargo, a pesar de que estaba en un punto ardiente, no pudo controlarse más y se bajó el cierre del pantalón. Dejó salir su verga que ya estaba dura como una piedra. Nadie lo había excitado tanto como ella, nadie le había despertado ese instinto salvaje que tenía dentro de su cuerpo.

Separó sus piernas con ambas manos y antes de follarla, la miró por un instante. Estaba sonrojada y tenía la boca entreabierta. Se veía tan dulce y excitada que no pudo evitar sonreír con un dejo de malicia. Esa misma que le quedaría en los años venideros.

Preparó su pene y respiró profundo, hubo un instante en que se sintió medianamente asustado y preocupado, pero volvió a recordar que debía dejar que las cosas siguieran su propio rumbo, y que naturaleza era lo suficientemente sabia como para decirle lo que debía hacer en el momento justo.

Llevó su glande al coño húmedo y caliente de Elisa, ella no tardó demasiado en acomodarse un poco más porque realmente lo quería adentro, así que se preparó para recibirlo y colocar sus piernas alrededor de él. Los dos quedaron entrelazados en un solo abrazo y Karl de inmediato comenzó a moverse casi frenéticamente.

Sabía que las cosas no podían salirse de control y que era mejor tranquilizarse para disfrutar bien las cosas, por ello, menguó la intensidad de los movimientos y procuró hacerlo lento y suave, follarla hasta el fondo, sentir lo caliente de su carne y hacerla gemir aunque no pudiera.

El vaivén fue delicioso, único, intenso. Ella se aferraba a sus hombros anchos y de vez en cuando se miraban mutuamente como si estuvieran compartiendo un poco de complicidad. Esa misma que los hacía sentir casi que eran un par de niños traviesos.

Siguió follándola como si fuera todo un semental. Se apoyaba de la mesa y empujaba cada vez más. Elisa buscaba la manera de taparse la boca, de ahogar los gritos y gemidos que él le producía con esa fiereza. Nunca pensó que él sería de esa manera.

Estuvieron así por un rato hasta que se percataron que si tardaban más, resultaría sospechoso. Así que se vistieron rápidamente y dejaron el encuentro hasta la mitad. Karl se prometió a sí mismo que luego retomaría lo que había quedado pendiente.

Él regresó al conversatorio con la misma expresión de siempre pero sabiendo que debía hacer el máximo esfuerzo por no descubrirse. Continuó escuchando todo el palabrerío aunque prefería concentrarse en lo verdaderamente importante, en Elisa.

Karl mostró el mínimo interés en la graduación, incluso en el acto. Más bien se sintió desesperado por encontrarla con la mirada, de saber en dónde estaba para sentir al menos que podría calmar sus ansias, las cuales había controlado con unas largas sesiones masturbatorias con solo recordar el perfume de su piel o la suavidad de su cabello.

Después de unos días, cuando todo el alboroto había pasado, pasó lo inesperado. Ella lo contactó y quedaron en verse en su casa. Estaba tan nervioso que no podía siquiera pensar con claridad.

Se vistió apresuradamente y salió como llevado por el diablo. Para ese momento, tenía un coche viejo que había comprado con sus ahorros. Así que se subió y se dirigió a ese lugar para buscarla, verse con ella, decirle y hacerle todo lo que tenía en su mente.

Llegó a una zona residencial de varias casas en un lugar tranquilo. Detuvo el coche al dar con la de ella. Al bajarse, se dio cuenta que ella estaba allí, en la puerta entre las sombras. Lo miró con ese rostro asustado y luego desapareció. Karl fue tras ella.

Subió los escalones de cemento y cerró la puerta tras sí. El interior estaba completamente oscuro salvo por unos rayos de luz que entraban desde algunas ventanas. Alzó la mirada y ahí estaba ella. Lucía una especie de vestido ligero. Se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Ven. —Le dijo suavemente.

Él subió las escaleras con lentitud, como si quisiera atesorar ese momento, como si quisiera guardarlo por siempre en su mente. Subió finalmente y comenzó a dar algunos pasos hasta que se acercó hacia una de las habitaciones, la de ella específicamente.

La encontró desnuda, de pie y esperándolo. Esa imagen se convirtió en la referencia más hermosa que había visto jamás. Se veía tan bella, tan sublime que no podía creer que ella fuera de verdad.

Sin embargo, el cuerpo le recordó que el deseo era lo suficientemente fuerte como para no resistir ni un minuto más. Estaba ansioso, desesperado, así que él también se quitó la ropa, dejando ver ese cuerpo joven, inocente y ardiente.

Luego, ambos se fundieron en un solo abrazo, en uno que provocó el

contacto intenso de piel a piel. Los besos, las caricias, la necesidad de buscarse, de comerse, de pertenecerse era tan grande que sobrepasaban sus cuerpos.

Así que sin pensarlo demasiado, terminaron sobre la cama, en ese mismo proceder intenso que tenían. El cabello de ella se movía de un lado para el otro, así como sus hermosos pechos, tan suaves y firmes.

El primer instinto fue besarlos, así que lo hizo. Luego, los mordió desesperado, como si no hubiera un mañana. Sus manos, por otro lado, iban de un lado para el otro, consumiéndose y hundiéndose en la extensión de esa piel que estaba frente a él.

Ella no paraba de sonreír y de guiarlo en ciertas partes. Él no sintió vergüenza o pena, más bien se sentía afortunado por la paciencia que tenían con él. Finalmente se echaron sobre la cama, en medio de la noche y de ese silencio que era interrumpido por los gemidos de ella y los jadeos de él.

Separó sus piernas para recibirlo debidamente pero Karl no quería follarla tan rápido, como aprendió la primera vez que estuvo con ella, comprendió que podía hacer diferentes las cosas si se relajaba por completo, así que en vez de acomodar su cuerpo, lo que hizo fue descender su cabeza hasta la zona de su sexo perfecto.

La cercanía le hizo sentir de inmediato el calor y la humedad de ese coño, así que se apresuró aún más en llevar su lengua hacia ese delicioso destino, a uno que lo llamaba sin parar.

Sacó la lengua lentamente, con la finalidad de acariciar el clítoris. Ella gimió de inmediato y claro, no se hizo esperar el torrente de fluido que cayó en su boca. Tenía un sabor exquisito, una sensación agradable sobre la lengua y sobre los labios, no sabía lo que le gustaba más.

Hundió aún más su cabeza para adentrarse en ese maravilloso mundo. Su lengua se convirtió en el motor principal de placer al acariciar los labios y cada parte de esa vulva. Quería más, quería volverla loca.

Siguió comiéndola hasta que sintió pequeño malestar en su cuerpo. Además, a pesar que quiso seguir, pensó que podría masturbarla un poco. Algo en su interior quiso hacerle llegar a un punto en donde podría arrastrarla a un límite que no había explorado por sí misma.

Así que levantó un poco y comenzó a tocarla, a introducir un par de dedos y de frotar su clítoris con ritmos intercalados. Primero fuerte y después suave, y así.

Desde hacía rato ella tenía los ojos cerrados, apretándolos con fuerza y uno de sus labios entre los dientes, sus manos sobre las sábanas, la desesperación a flor de piel. Él la comía con desesperación y ella sólo se dejó vencer sobre esa cama porque ya no quería luchar más con un sentimiento que había tomado el control de su cuerpo.

Finalmente, Karl se detuvo para incorporarse de nuevo pero con la finalidad de follarla como quería. Por fin estaba contento de darse el debido tiempo para disfrutarlo y para hacerlo como deseó por tanto tiempo.

Apoyó sus brazos y manos sobre la cama y ajustó su cuerpo entre esas piernas que estaban ansiosas por él. Antes, una última mirada para luego meterlo con una increíble determinación.

Ella exclamó un fuerte jadeo, mezclado con un gemido intenso que pareció emerger del centro de cuerpo. Por su parte, Karl, estaba concentrado en empujar más y más esa verga gruesa y venosa. Le gustaba la sensación que estaba comenzando en experimentar, esa misma que le hacía sentir poderoso... dominante.

Así pues, estiró una de sus manos y la colocó instintivamente sobre el cuello de ella. Poco a poco cerró sus manos y apretó un poco, sólo un poco. Lo suficiente como para experimentar la intensidad del dominio que había en él. Se hizo más presente, más fuerte pero no era algo que le resultase particularmente extraño, más bien era natural y lógico.

Siguieron follando con fuerza y casi violencia cuando al poco tiempo ella quedó muda, privada de la excitación. Se aferró más a las sábanas, hasta que finalmente sus muslos comenzaron a temblar violentamente.

Karl comprendió que ella estaba cerca, muy cerca del orgasmo. Así que siguió follándola con ese mismo fulgor hasta que por fin explotó todo su poder sobre ese cuerpo. Minutos después, ella hizo un largo grito y él sintió cómo los fluidos calientes de ella terminaron por bañar su pene. Fue la sensación más extraordinaria del mundo.

Ella se quedó temblando, con ese aspecto frágil pero también feliz, él adoró cada momento en que la observó de esa manera. Se acercó a ella y le

dio un beso, le tocó el rostro como si fuera el objeto más delicado y hermoso del mundo, para luego colocarse junto a ella. A pesar que en apariencia parecía que estaban descansando, la mente de Karl iba a mil por hora.

Después de esa noche, los encuentros se hicieron más frecuentes y más intensos entre ellos. Fue esa época en donde Karl se hizo mayor de edad y más consciente de sus emociones y sensaciones durante el sexo. Incluso, pensó que ese cosquilleo que se despertaba por el control, se hacía más intenso y poderoso cuando tenía el dominio durante la intimidad.

Las cosas entre ambos iban bien pero había llegado el momento de separar sus caminos. Ella estaba a punto de comprometerse con un hombre de buena posición y él, pues, tenía que empezar su vida. Aunque la situación no fue de su total agrado porque, a pesar de no admitirlo completamente, había establecido una relación que iba más allá del sexo.

Por supuesto, tuvieron un último encuentro para despedirse. Uno que estuvo caracterizado por algo particular, por la experimentación de algo que no habían probado hasta ese momento. Él leyó sobre amarres y sintió que sería digno de probar, así que estando solas, en el mismo lugar de siempre, Elisa estaba sobre la cama con sus extremidades atadas y dispuestas a los deseos de Karl.

Ella estaba dispuesta y él también. Ambos se encontraban en un estado mental en donde se sentían aventureros y preparados para algo más intenso. Karl se había preparado con tiempo. Había leído al respecto y se informado lo suficiente como para no cometer la torpeza de no hacer las cosas con cuidado. Así era su personalidad.

Al terminar, se aseguró que todo estaba en orden. Sin embargo, ella tenía un dejo de tristeza en la mirada. Él sabía muy bien qué significaba, así que le acarició lentamente el rostro y le dio un beso. Había sido la aventura más alocada y extrema que se permitió y quería despedirse a lo grande.

Se acomodó entre sus piernas y utilizó su boca para lamerla, comerla y chuparla. Sus manos se aferraron a sus muslos firmes y el mundo desapareció en un chasquido. Sólo era él, ella y sus gemidos. La combinación más sublime que existía.

Durante ese tiempo, Karl comprendió que ese era el camino que debía seguir, así que se propuso a saber más de sus inclinaciones, de sus gustos y

buscar una manera de consolidar todo aquello. Tenía la sensación de que iba por buen camino.

Por suerte, la despedida fue mucho menos amarga de lo que había pensado. Ambos sabían que había sido un completo riesgo pero que lo valía, dentro de todo. Él sonrió a una etapa que terminó para asumir otra mucho más importante.

La universidad representó una especie de redescubrimiento personal. El ambiente era mucho más libre, por lo que comenzó a sentirse como un adulto rápidamente. Las fiestas, las clases, las reuniones. Todo formaba parte de un nuevo universo que lo hacía sentir diferente.

Por supuesto, esta etapa estuvo acompañada por la iluminación sobre sus gustos sobre el sexo. Eventualmente, descubrió que era Dominante y que en efecto le gustaba tener el control de todo, de cada cosa, incluso de cada reacción.

Dio con el BDSM por mera casualidad, logró escuchar esa palabra en una especie de fiesta de la facultad. Le llamó la atención y quiso averiguar más. Resulta que tenía mucho que ver con ese episodio en donde había usado cuerdas para amarrar a su antigua amante. Todo pareció encajar a la perfección.

Como solía hacer, leyó y se informó lo necesario para tener el suficiente conocimiento de ese mundo que le resultaba tan atractivo.

Hizo un enorme esfuerzo y logró que lo invitaran en una fiesta de látex y cuero. Así era la temática. Sin embargo, no quiso ser demasiado literal porque no le importaba eso, sino otra cosa. Quería saber si realmente estaba en el punto que necesitaba estar, deseaba confirmar si esa sensación que tenía internamente tenía sentido.

Se topó con un ambiente completamente diferente a lo que se había esperado. Piel desnuda y rota, sudor, jadeos y miradas intensas. La perversión flotando en las cabezas de las personas como si fuera un aura poderosa. Él se colaba entre la gente y sólo deseaba contagiarse de lo que estaba experimentando. Sus sentidos estaban saturados, inmensos.

La luz roja que iluminaba todo, reforzaba esa sensación y poco a poco, Karl se sintió que finalmente estaba en el lugar correcto. No se había equivocado.

Durante esa noche, miró a Dominantes y Dominatrix amarrar a sus pobres sumisos y esclavos, escuchó los insultos y el sonido reprimido de los gemidos de aquellos que eran torturados. Él, desde la perspectiva de un espectador, sentía esa corriente de poder y control que tanto le gustaba. Sonrió convencido que tenía que poner en práctica todo lo que había visto lo más pronto posible.

Para un tío como él, guapo, misterioso e inteligente, no fue difícil encontrar a una persona que se sintiera atraída a él. Claro, uno de sus mayores temores era darse cuenta que aún era un novato, pero al menos haría el esfuerzo por encubrir su falta de experiencia, al leer todo lo que pudiera para no perderse en la ignorancia. No se lo permitiría.

Conoció a una Dominatriz que le enseñó cómo debía comportarse y cómo debía llevar la situación de la mejor manera.

—La paciencia es la clave. Todo es mental, por lo que tienes que actuar como una persona inteligente, precavida y capaz. No te dejes llevar por los impulsos, recuerda que tú tienes el control de todo.

Gracias a sus consejos, Karl comprendió que no todo era controlar y dominar, también debía ser detallista, atento y observador. Cualidades que ya tenía pero que no estaba de más recordar porque formarían parte importante de lo venidero.

Con ella aprendió a amarrar, a torturar y a llevar a los límites a quien quisiera, siempre al borde de todo, pero haciendo el esfuerzo de no irse demasiado. La cuestión era mantener el equilibrio de todo, de respetar los espacios pero con la posibilidad de provocar esa necesidad de repetir.

Comenzó su relación oficialmente como Dominante, con una chica de primer año de universidad. En ese punto, él ya se encontraba más avanzado, de manera que le despertaba el morbo porque era un sutil recordatorio que tenía cierto grado de superioridad.

Durante el día, ambos se ignoraban de manera campal. Sobre todo él hacia ella. Ni la miraba, sin embargo, eso correspondía a una estrategia muy clara. El objetivo era que ella debía entender que sólo sería digna de su atención cuando Karl quisiera. Fue una manera de traer una especie de juego divertido al mundo vainilla.

Las cosas, por supuesto, eran muy diferentes de las puertas hacia

adentro. Gracias a todos sus conocimientos, Karl se hizo una persona hábil y un Dominante poderoso pero también muy sensual.

En el tiempo que estuvo con ella, aprendió que podía insultar y quebrar la voluntad de otra persona con las palabras correctas, con solo decir lo suficiente para que sus deseos se cumplieran como debía. Lo logró al darse cuenta el poder que escondía las palabras pronunciadas lentamente y con suavidad, cada vez estaba perfeccionándose. Resultó ser entonces todo un manipulador. Y era sólo el principio.

Luego de ella, se produjeron otros encuentros y relaciones con más sumisas —de todos los estilos—. Experimentó relaciones tipo Daddy/brat/little girl, se convirtió en Amo de una esclava y hasta se permitió tener a dos sumisas que le gustaban servirle juntas. A veces pensaba que estaba en el paraíso.

Podía estar con cualquiera y en cualquier momento. ¿Lo mejor? Nadie tenía la mínima idea del tipo de persona que nadie tendría sospecha. Era imposible que la gente se imaginara que él, un hombre tan serio y bien portado, más bien resultara ser un tío loco, psicópata que adoraba el sexo y que le encantaba experimentar con los límites de la gente.

Adoraba romper la piel con los latigazos, adoraba escuchar gritos y gemidos, súplicas y ruegos, las cuales por supuesto, no les prestaba atención. Encontraba placentero la mirada previa antes de una sesión, esa misma que lo preparaba para un encuentro intenso. Le disparaba el morbo de una manera impresionante.

Gracias a sus encuentros y a su participación en el mundillo BDSM, Karl se valió de una importante reputación. Era un Dominante respetado por sus pares y deseado por sumisos y esclavos. Muchos quería estar con él, pero él se reservaba el espacio para personas que realmente le resultaba interesantes. Comprendió que su tiempo valía oro y como tal, tenía que tener cuidado de él.

Eso no quitaba el hecho de que podría perder el autocontrol con pequeñas cosas. De hecho, la química que llegó a sentir por una de las gerentes de su trabajo, sucedió porque fue incapaz de controlarse lo suficiente. Su instinto animal era capaz de tomar el control de todo, para dejar de lado el raciocinio.

Pero era propenso a aburrirse de la gente con rapidez. Lo que pudo comenzar como algo intenso y chispeante, podía terminar en un dos por tres, sin mayor problema. Al menos era así en su caso. Pasó con la gerente, podría pasar con cualquier persona.

Aunque estaba sentado en la silla de su oficina, haciendo informes y pensando en las cuerdas que debía comprar. De vez en cuando se preguntaba si su vida seguiría siendo así, con cierto tinte monótono, entre la rutina del trabajo y de los encuentros casuales que si bien eran divertidos, también le provocaban cierto hastío.

Internamente deseaba experimentar una situación emocionante, única, que fuera capaz de atraparlo. Pero luego se recordaba a sí mismo que su vida no era tan mala después de todo y que procuraba divertirse lo más que podía.

Siguió tecleando como siempre, pero aun pensando que sin duda sería divertido hacer algo diferente y fuera de serie.



III

—¿Cómo va el deadline?
—Bien, bien. Ya tengo adelantado gran parte del trabajo. Sólo resta traducir unos cuantos párrafos y hacer la curación del texto. Creo que no tomará demasiado tiempo.

—Yo tengo un par de encargos pero están retrasados. ¿Me ayudas?

—Uhm. Déjame revisar mi itinerario... a ver... vale, no hay problema. Envíamelos lo antes posible para ir trabajando sobre la marcha.

—El pago quedará como siempre.

—Excelente.

—Vale, hablamos después.

Megan colgó el teléfono y volvió a concentrarse en la pantalla de su computadora. Estaba tecleando velozmente. Necesitaba terminar y hacer el envío que le tocaba para poder despejarse un poco de tiempo.

Revisó el texto varias veces y lo cerró. Luego fue hacia el correo y le respondió al cliente para avisarle que ya estaba listo.

Se reclinó hacia atrás, esperando lo que tenía que decir, hasta que recibió una respuesta tras 30 minutos.

—Vale, ya te hice la transferencia con el resto del dinero. Pronto te enviaré más, así que está atenta. Gracias por el buen trabajo, Megan.

Ella sonrió ampliamente y pensó que lo mejor que podía hacer para celebrar, era ir hacia la cocina y buscar una cerveza. Fue campante y resuelta para darse cuenta al final que no había nada. Apenas abrió la puerta del refrigerador, sólo encontró unos vegetales ya marchitos y un envase de arroz chino que estaba próximo a mutar en otra cosa.

Suspiró y pensó que quizás no era tan mala idea el salir a tomar a un bar que estaba cerca. No tendría que caminar demasiado y así aprovecharía para salir un rato antes de volver a trabajar.

Gracias a su trabajo como traductora independiente, ella logró una serie

de retos que se había autoimpuesto. Pero claro, fue mucho más difícil de lo que hubiera pensado. Le costó encontrar algo que realmente le gustara y, de paso, resultara ser lucrativo de alguna forma.

Poco tiempo después descubrió que era buena con los idiomas y quiso probar con la traducción. Hizo cursos de escritura y redacción para tener una mejor noción de lo que tenía por hacer y pulir sus habilidades. A la par, se dedicaba a trabajar arduamente y las cosas parecieron funcionar mejor de lo que pudo haber pensado alguna vez.

Ahora contaba con una cartera de clientes y de colegas que se ayudaban entre sí. Siempre tenía trabajo cosa que realmente le gustaba.

Sin embargo, había veces que tenía que recordarse a sí misma que debía salir del encierro impuesto por el trabajo ya que a veces podía perder la noción de las cosas.

Fue entonces a su habitación, se colocó un par de jeans oscuros, una camiseta de Foals, unos Adidas y, encima, un abrigo porque el frío estaba agudo particularmente en las noches. Se soltó el cabello y se maquilló un poco, lo suficiente como para que no pareciera que se acababa de levantar de la cama.

Se encontró conforme, buscó unos cuantos billetes y las llaves y más nada. Salió entusiasmada porque bebería unas pintas de cervezas.

—Venga, hombre. Siempre te invitamos y siempre nos dices que no. Además, es un bar de aquí cerca, sólo unos tragos y ya. Nada del otro mundo.

El compañero de trabajo estaba tan insistente que Karl por más cara de desaprobación que pusiera, era completamente inútil. Lo cierto, es que no era muy inclinado a salir con los compañeros de trabajo, tenía la política de mantener cierta distancia, especialmente porque era una persona reservada que procuraba cuidar su espacio.

No obstante, pensó que quizás no era demasiado malo al menos despejarse un poco del trabajo. No tenía nada que perder.

—Vale, vale. Apago esto y nos vamos.

—¡Al fin! Voy a por ti en 10.

—Vale.

Unos cinco compañeros y él estaban en camino hacia un bar que no estaba demasiado lejos de la oficina. Karl se sorprendió de ver la vida nocturna que había alrededor. Nunca le prestó demasiada atención porque pensaba que era una pérdida de tiempo.

Había gente en trajes y con indumentarias más informales que andaban por allí conversando y riendo. Él de inmediato se colocó en una posición un poco más abierta para disfrutar la noche. Al menos era un indicio de que estaba cambiando de rutina, algo que no estaba tan mal después de todo.

Entraron a un bar irlandés y escogieron sentarse en una mesa en una esquina. De inmediato comenzaron a pedir pintas y tapas.

La noche estaba animada y Megan se dio cuenta de ello, la calle estaba repleta de personas y de repente se sintió tan animada que olvidó por un momento que tenía trabajo por hacer. Entró entonces al bar, era uno de tipo irlandés que tenía su marca favorita de cerveza. Sólo podía pensar en un vaso con ese líquido que la refrescaría. La sola imagen la hacía sonreír.

Saludó con una mano a quien atendía la barra y se sentó a esperar su trago. El lugar estaba particularmente lleno pero de repente sintió que alguien la estaba observando. Parecía ser insistente y aunque imaginó que serían cosas suyas, pensó que lo mejor que podía hacer era tratar de conseguir la fuente de aquello.

Se quitó el abrigo lentamente con la intención de poder mirar bien a la gente que se encontraba a su alrededor. Cuando estuvo a punto de desechar esa idea, se topó con un par de ojos negros que la miraban desde el otro lado del bar.

El tío estaba sentado en una esquina, quizás en el punto más alejado del lugar. Sin embargo, ahí estaba él, mirándola, concentrado en ella, como adorándola. Ella fingió que no lo vio con claridad pero sí lo hizo. Pero eso le gustaba a ella, ese juego de saber y no saber.

—Hola, Megan. Tenía tiempo sin verte por aquí. ¿Lo mismo de siempre?

—Lo mismo de siempre. Sabes cómo soy. —Hizo un guiño y tamborileó las manos sobre la barra.

Se giró lentamente para volver a encontrarse con ese hombre guapo y

verlo como quería. Se dio cuenta que ya no estaba en el mismo sitio de siempre y pensó que se había ido. Sintió un poco de pena porque de verdad que le llamó la atención. Pero en fin, la pinta de cerveza negra y espumante que tenía en frente tampoco se veía tan mal.

Bebió un sorbo y justo allí se sentó alguien a su derecha. Como estaba en su mundo, no le importó demasiado de quién se tratara. Siguió saboreando la cerveza hasta que sintió una voz grave que pareció estremecerla hasta los huesos.

—¿Está buena?

Giró la cabeza y se dio cuenta que era este mismo tío. Le sonrió y miró el brillo de sus ojos detrás de los cristales de sus lentes. Ella se concentró de nuevo en la sonrisa amplia y blanca que tenía él. Detalló también la piel morena de su rostro y esa estructura ósea fuerte y masculina. Estaba conmovida y también estaba impresionada porque la noche parecía que iba mejorando cada vez más.

—Pues sí, está helada y está refrescante. También deberías pedir una.

—Seguiré tu consejo.

Hizo un gesto y le dejaron una pinta de la misma cerveza que ella. Chocaron los vasos y se miraron, concentrándose mutuamente, como si ambos estuvieran en un duelo.

Desde hacía rato, Karl estaba ansioso de irse y estaba buscando cualquier oportunidad para hacerlo. Justo en el momento que estaba preparándose para irse, la vio entrar. La mujer más interesante del lugar.

Ese cabello rizado, negro, salvaje, ese paso resuelto y decidido, esa sonrisa pícaro y la forma en cómo se había parado en la barra. Las maneras de quitarse el abrigo y cuando esperaba la pinta. Gracias a que era una persona observadora, cada detalle de ella lo iba guardando de a poco en su memoria.

—¿Qué te parece?

—Está estupenda.

—¿Ves? Siempre tengo razón. Es difícil que me equivoque en algo. — Tomó la jarra de vidrio y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Ah sí? ¿Eres así con todo?

—En gran parte. Digamos que es una especie de súperpoder, eh.

—¿Tienes otros?

Ella rió suavemente y bajó la mirada hacia la madera de la barra. Le gustaba la honestidad pero él lo era en un grado superlativo. No perdía el tiempo y lo demostraba en la forma en cómo le hablaba y en la manera en cómo se movía. Su lenguaje corporal era demasiado obvio.

Por otro lado, Karl estaba decidido a hacer algo divertido con esa chica. Tenía esa ligera sensación de que ella era una mujer diferente a las otras.

—Sí, claro. Es posible que los conozcas si te portas bien.

—Vaya, parece interesante eso.

Pidieron otra ronda de cervezas y la charla se extendió más. A tal punto, que los propios compañeros de Karl tuvieron que buscarlo para despedirse de él. Al final, ambos se quedaron rodeados de gente pero con la particularidad de que no les importaba eso. Formaron una especie de complicidad que les hacía sentir que estaban en otro mundo.

Lo cierto es que el alcohol ya estaba haciendo efecto. Megan se sentía un poco más suelta y se dio cuenta que él también. Sus manos estaban sobre la barra y cada tanto ambos rozaban sus dedos de manera sensual.

Hubo un punto en el que Megan lo miraba sin escucharlo. Estaba más bien atenta ante sus gestos y en la forma en cómo se expresaba. Lo veía serio, seguro y muy inteligente. Pero también tenía la sensación de que había algo más allá de todo eso, una especie de ser que estaba ocultándose detrás de esa piel de hombre bien educado.

—No sé tú pero me parece que este lugar está muy ruidoso y la verdad es que estoy muy interesada en escuchar lo que dices pero fíjate, esto está terrible.

—Bien, opino lo mismo que tú. ¿Qué propones?

—Mi casa está cerca y creo que podríamos tomarnos algo estando allá y hablar mejor. ¿Qué dices?

—Estupendo.

Él propuso pagar la cuenta de ambos y ella estuvo de acuerdo. En ese instante recordó que no tenía nada que ofrecerle y que más bien su

refrigerador era un escenario frío y estéril. Pero pensó que no sería tan malo en continuar con la mentira porque tuvo la sensación de que ese detalle no representaría problema alguno.

Los dos se encaminaron y se salieron del lugar, abriéndose paso entre el grupo de gente que estaban allí. El frío de la calle pareció estar más intenso pero ambos estaban calientes por otras razones.

Él la siguió lentamente, admiró sus formas y sintió que estaba excitándose cada vez más. Desde hacía tiempo quería estar con una mujer pero no tenía demasiadas opciones pero ella surgió como una alternativa interesante.

Caminaron unas cuantas calles y se dirigieron a un edificio con una arquitectura moderna y limpia. Ella giraba de vez en cuando para verlo. Casi podía palpar la tensión que había entre los dos.

Pasaron al lobby y se adentraron en uno de los elevadores que estaban allí. Luego de cerrarse las puertas, hubo una especie de silencio incómodo que se rompió con el movimiento rápido de él hacia ella. Sus manos fueron a parar a su cintura y su rostro junto al de ella. Megan lo abordó con sus manos sobre esos hombros fuertes y firmes que tenía él.

Él se maravilló con el rostro y con el aspecto salvaje del cabello de ella. Esos segundos previos los aprovechó para luego acercarse a ella y besarla con una pasión impresionante. El primer contacto con sus labios se sintió como magia.

Ese calor, sus labios juntándose, esos mismos que más tarde darían paso a sus lenguas, fue lo que se necesitó para que la chispa de atracción se intensificara. Megan casi de inmediato comenzó a gemir, a hacer ruidos y a querer fundirse con él.

Pudieron continuar con la situación de no haber sido por el sonido del elevador anunciando la llegada del piso. Ella hizo un gesto de risa y luego tomó la mano a su amante desconocido para llevárselo consigo.

Caminaron unos cuantos pasos hasta que se detuvieron frente a una puerta de color oscuro. Ella sacó rápidamente las llaves y de inmediato sintió los labios de ese hombre de nuevo sobre su cuello, incluso experimentó una ligera mordida... Unas, más bien.

Cuando por fin abrió, fue como si las cosas se hubiesen elevado en un chasquido. Ella cerró la puerta y se quitó el abrigo casi con violencia, él hizo lo mismo con el suyo. Poco a poco iban quitándose la ropa para entregarse a ese deseo que parecía ir a una velocidad increíble.

Karl no tardó demasiado tiempo en demostrar sus dotes de Dominante, sobre todo porque comenzó a tomar acciones rápidas y contundentes para dar a entender ese afán de controlarlo todo.

Esto bastó para que ella se diera cuenta del tipo de hombre que era él, así que se sintió mucho más cómoda para ser ella misma, para demostrar que era una sumisa y que le gustaba cuando un macho como ese tomaba el control.

Aun estando medio desnudos, Karl fue hacia ella, alzándola con sus fuertes brazos para llevarla hacia la habitación. Por jadeos y gemidos, ella le decía por dónde ir.

Finalmente llegaron a la habitación principal y él la lanzó sobre la cama con el fin de quitarle el resto de lo tenía encima. Vale decir que estaba desesperado, ansioso por tenerla desnuda sólo para él.

A medida que lo hacía, se quedaba encantado con ese cuerpo que tenía frente así. Esas piernas anchas, esas caderas, esa cintura pequeña, los pechos duros con los pezones oscuros y erectos, como si estuvieran listos sólo para su boca. Además, parecía una diosa con ese pelo sobre la cama, desparramado con una belleza impresionante. Por unos momentos, se sintió intimidado con ese aspecto tan dulce pero también poderoso.

Ella también se dedicó a mirarlo con detenimiento. El cuerpo de él parecía tallado y la verdad era que le parecía impactante un hombre así. Esos brazos de acero, y esa espalda, esos hombros anchos de muerte. Sus piernas, así como el torso definido. Internamente se quedaba corta con lo que le producía y con las palabras para definir todo aquello que admiraban sus ojos.

Pero claro, hubo un detalle que la dejó particularmente interesada fue el aspecto de esa verga venosa y gruesa que tenía él. El glande de un tamaño pronunciado, el cuerpo grueso y los testículos también un aspecto imponente, la habían dejado con la boca agua. Estaba desesperada por probarlo.

Así que apenas él estuvo listo para hacerla suya, ello lo detuvo por un momento. Le tomó el rostro con ambas manos y lo miró fijamente.

—Déjame chupártelo. Por favor.

Tenía esos ojos negros y brillantes, llenos de lujuria. Aunque Karl tenía otros planes, tuvo que admitir que no podía negarse ante tal petición, así que la tomó del cuello con fuerza y le sonrió. Con eso, le hizo a entender que sí lo haría pero arrodillada.

Ella saltó rápidamente de la cama para acomodarse finalmente en el suelo. Mientras lo hacía, no podía dejar de tocárselo. Se sentía tan duro y tan caliente que estaba ansiosa por probarlo.

Así que terminó por colocarse por sobre el suelo y le dedicó una larga mirada hacia él. Seguía masturbándolo por un rato, hasta que mojó sus labios para chuparlo. Antes, le dijo:

—No me presenté, me llamó Megan. Mucho gusto.

No le dio oportunidad para él siquiera dijera algo, ya que miró cómo se lo metía por completo en su boca. De inmediato experimentó el calor y la humedad, su aliento y la suavidad de esa lengua que acariciaba su verga sin parar. Plantó bien sus pies porque hubo momentos en que sentía que perdería el control.

Ella se lo introdujo lentamente todo adentro y se quedó en esa misma posición por un rato. Incluso, sintió la mano de él sobre su cabello, había logrado lo que esperaba...logró que él lo interpretara como la toma definitiva de la situación.

Karl estaba en el máximo punto de ese trance producto de la excitación, así que no pudo evitar colocar su mano sobre ese cabello salvaje y hermoso, al mismo tiempo que sentía que se encontraba fuera de sí mismo en esa situación.

De verdad que la lengua de esa mujer era increíblemente deliciosa. Se tomaba el tiempo para chupar cada parte de él, lamía sus testículos, lo masturbaba con suavidad o con rapidez, dependiendo de lo que se antojara. Él estaba a punto de explotar.

Si bien había comenzado a moverse lentamente, poco a poco aumentó la rapidez de los movimientos. Iba adelante y hacia atrás con una velocidad impresionante. Ni el mismo se esperó que eso pudiera suceder. Sin duda, se trataba de una mujer experimentada.

Con su mano también lo masturbaba, paralelamente él veía caer esos hilos de saliva que aterrizaban sobre los pechos de ella, incluso sobre sus brazos. Karl no podía ocultar el hecho de que estaba sintiéndose cada vez más excitado y loco por poseerla. Así que la tomó con fuerza por el cabello y después le sujetó el cuello con determinación. Encerró sus dedos sobre su cuello e hizo que alzara la mirada.

—Así que crees que puedes salirte con la tuya. Eso ya lo veremos.

Ella sintió que había triunfado internamente. Él había caído por completo en su juego. De esa manera, también confirmó lo que ya sospechaba. Era Dominante y estaba a punto de experimentar la fuerza de su cuerpo y de su intensidad.

La alzó y la lanzó sobre la cama. Ella miró los músculos de sus brazos marcándose en la piel. A ella le gustaban esas muestras de fuerza y dominio, así que no pasó demasiado tiempo en mostrarle esa amplia sonrisa de entera satisfacción.

Karl se acercó a ella como si fuera un felino. Colocó sus rodillas sobre la cama, así como sus brazos. Fue avanzando de a poco porque sabía que era su turno de hacerlo, de tomar el control de la situación.

Miró las piernas abiertas de ella, observó el color y las formas de su coño, la respiración agitada, esos pezones erectos como si estuvieran esperando por él. Megan tenía esa expresión de que todo lo que estaba pasando parecía producto de una tensa calma, y así era.

Karl, por otro lado, se detuvo porque la duda lo embargó. Imaginó su cabeza entre ese par de piernas, comiéndola, devorándola. Sin embargo, también deseaba tenerla, penetrarla.

Al final, le echó un último vistazo y sonrió. Se acomodó hasta la altura de la cabeza de ella y colocó una de sus manos sobre su cabello. Lo acarició suavemente, como alimentando esa tensión que cada vez se hacía más y más fuerte. Ella lo miraba con esos ojos grandes y oscuros.

De repente, él tomó una parte de cabello con fuerza y la miró concentrado.

—Me llamo Karl. Y más vale que te aprendas ese nombre.

No le dio la más mínima oportunidad para que pudiera expresarse o

siquiera arrojar respuesta. Separó aún más las piernas y colocó su verga en la entrada de todo su coño. Sintió de inmediato el calor y la humedad.

Se relamió la boca y lo empujó todo, completo, casi hasta el final. Por supuesto, eso fue suficiente para que ella emitiera un poderoso grito que casi retumbó su habitación. Sí, era gruesa, venosa y deliciosa, mucho más de lo que esperaba sentir.

Instintivamente, abrió más las piernas para sentir el calor de ese pene que la penetraba con rapidez y decisión. Así pues, él se fue dentro de ella, haciéndola suya una y otra vez, en medio de los jadeos y de los gritos.

Karl empujaba cada vez más a medida que era estimulado por los ruidos de esa mujer tan sensual. La suavidad de su piel, la manera en cómo su cuerpo se movía y la belleza de todo su ser, sólo removía la intensidad de su ser. Tenía la sensación que estaba despertando algo importante dentro de él.

Intentó reprimirlo pero tuvo la sensación de que no sería rechazado porque ella daba muestras que también era capaz de hablar en el mismo idioma.

En vez de dejarse desbocar por completo, pensó que podía arriesgarse al estirar uno de sus brazos y colocó su mano sobre el cuello de ella. Luego, concentró su mirada a la de ella y esperó un rato y sólo notó algo que le llamó poderosamente la atención. Megan se excitó aún más, mucho más.

Se dio cuenta por las expresiones que tenía en el rostro y por la repentina humedad que sintió en la verga. Él sonrió, se sintió victorioso y celebró porque se dio cuenta que el encuentro se puso de verdad interesante.

Después de follarla así, la sostuvo con más fuerza e hizo que se levantara de un solo movimiento. De esta manera, la colocó de espaldas, con las manos sobre la pared y con las piernas separadas.

Le soltó el cuello y llevó su mano hacia la curvatura de su espalda. Tan suave y perfecta, que se le hizo casi imposible no acariciarla por un rato. Después, se quedó en la parte baja y terminó en las nalgas de ella. Las apretó con una fuerza impresionante, como queriéndole dar a entender que él era el dueño de su cuerpo y que haría lo que le diera la gana.

Sostuvo ambos glúteos por un buen rato y luego comenzó a darle nalgadas con una fuerza impresionante. Megan, por otro lado, trataba de

sostenerse de lo que tenía frente a ella, al mismo tiempo que adoraba estar allí, sostenida porque había algo tangible, porque de lo contrario se desplomaría en cuestión de segundos.

Él siguió demostrándole el poder de su fuerza y de su intensidad, hasta que deseó marcarla aún más. Pensó que las nalgadas no eran demasiado fuertes por lo que supuso que unos rasguños no le quedarían mal esa piel tan deliciosa y suave.

Dejó una de sus manos sosteniendo uno de sus nalgas, apretándolo con fuerza, mientras que la otra se ubicó cerca de los hombros. Acarició de nuevo hasta que enterró sus uñas y comenzó a hacer la presión para dejar hilos de rojo intenso.

Megan se retorció un poco, se quejó y también jadeó, pero lo cierto es que adoraba la sensación de dolor y de poder que él ejercía sobre ella.

Karl la marcó como le dio la gana, literalmente. Sus nalgas y espalda eran como una especie de lienzo para él, no había nada más agradable y sensual que eso, el saber que el cuerpo que estaba junto al suyo le pertenecía.

Después de haberla marcado lo suficiente, se encontró satisfecho y volvió a tomarla. Colocó sus manos sobre la cintura de ella, la apretó con fuerza y se acomodó detrás para penetrarla desde esa posición.

A pesar de su extrema concentración, se dio cuenta de los sonidos y ruidos que ella hacía sin parar. Le pareció delicioso y excitante que lo hiciera así, sin ni siquiera reprimirlos. Le encantó que ella diera rienda suelta a su verdadero ser con él, a pesar de ser unos completos extraños.

Siguió follándola con intensidad. Incluso, acercó su boca a uno de los oídos de ella y le dijo suavemente:

—Eres mía. Sólo mía. Y sé que me recordarás, una y otra vez.

Ella sólo alcanzó a responder con un largo gemido. Esa expresión, acompañada de esa voz profunda y contundente, la hizo estremecer lo suficiente como sólo pudiera dar esa respuesta prácticamente a rastras.

Se mantuvo allí, recibéndolo constantemente hasta que se encontró en ese punto en donde supo que no podría aguantar por más tiempo. La verga de ese hombre era tan gruesa y rica, cada vez que estaba entre sus carnes estaba cerca de perder el control.

Karl se percató de los temblores de sus piernas, por lo que asumió que ella estaba cerca de terminar. Así que siguió empujándose hasta que sintió un jadeo más intenso. Entonces, la tomó por el cuello y le volvió a decir con ese tono descarado.

—Córrete para mí. Sé que lo quieres.

Ella se dobló aún más. Inesperadamente, recibió una orden, algo que simplemente le gustaba. Fue como sentir un hilo frío sobre la espalda, esa sensación gloriosa que exaltaba su sumisión, fue suficiente para que un torrente de fluidos se manifestara entre sus piernas y terminara por empaparle la verga de Karl. En ese momento, tan corto y preciso, fue suficiente como para que terminara de desprenderse de sí misma, que dejara por sin dejar libre esa energía fuerte, natural que habitaba en su cuerpo y que estaba calada hasta en los huesos.

Colocó las palmas de las manos amplias y extendidas y respiró profundo. Preparó su cuerpo porque estaba muy cerca, tan cerca que no lo podía evitar. Tampoco quería. El temblor del resto de su cuerpo se hizo muy intenso y sintió ese calor fuerte, poderoso que la invadía por dentro, que llegaba a todos los rincones de su ser.

Finalmente, todo pasó con una rapidez increíble. Hizo un largo grito, uno desgarrador, proveniente de las entrañas. El pene de Karl aún estaba dentro de ella cuando se corrió, a pesar que estaba en esa delgada línea del delirio, pudo sentir que lo había mojado todo. Después de allí, de ese instante, su vista prácticamente nublada y fue cuando perdió toda noción de la realidad.

En ese momento, Karl reaccionó rápidamente como para tomarla entre sus brazos y dejarla sobre la cama. Aún estaba temblando cuando acabó por hacerlo. Pero, dentro de todo, a pesar que se había quedado embelesado por esa imagen, estaba el detalle particular de que él aún tenía que expulsar toda la excitación que tenía en su cuerpo.

Así que se acomodó sobre la cama y comenzó a masturbarse. Segundos después, ella abrió los ojos y lo miró cómplice de lo que estaba pasando. A pesar que se sentía un poco débil y cansada, abrió la boca y sacó la lengua como un gesto para darle a entender que estaba lista para él.

Karl se le ocurrió la idea de ir hacia sus labios para colocárselos lo más

cerca posible. Lo cierto es que había quedado embelesado con la manera en cómo se lo había chupado, así que estaba ansioso por sentir de nuevo la forma de su lengua sobre su verga y esa mirada de puta en celo.

Ella colocó sus manos sobre los muslos y comenzó a chupárselo con esmero y dedicación. Primero el glande y después el resto del cuerpo a medida que él se lo metía todo.

Karl emitió un primer sonido, una especie de jadeo lento pero delicioso. Era claro que adoraba los labios de esa mujer, y más aún la forma en cómo se lo chupaba. Incluso llegó a pensar que podría quedarse allí por largo rato, casi de manera indefinida.

Sin embargo, el ritmo de ella, esa rapidez, esa destreza lo hizo sentir que cada vez estaba más cerca del orgasmo. Así pues tomó parte del cabello de ella y lo sujetó con fuerza, era su rienda favorita.

Megan siguió en ese vaivén delicioso hasta que por fin, se lo introdujo por completo hasta la garganta. El calor de la lengua, de los labios y de ese lugar, fue lo suficientemente perfecto para que él perdiera cualquier rastro de autocontrol. Se acomodó aún más y dejó salir un chorro de semen caliente y espeso en la garganta de Megan.

Fue tan fuerte que ella hizo una ligera arcada por la cantidad que había recibido de repente, sin embargo, continuó allí porque, como buena sumisa, tenía y quería complacer a su amante y dueño como le correspondía a su rol. Además, era algo que le encantaba hacer.

Entonces terminó por comerlo todo, todo entero. Incluso se concentró un poco más en la punta con el fin de limpiársela por completo. Al terminar, él soltó el cabello de ella lentamente porque sintió que ya no pudo más. Se desplomó al lado de ella, con ese pecho agitado y con un brazo sobre su torso. Megan pudo sentir que él sonreía... Ella también lo hizo.



IV

Un rayo de sol calentó la mano de Megan lo suficiente como para hacerla despertar de golpe. Agitada, se levantó de repente y notó enseguida el dolor en la cintura y el ardor en la espalda. Trató de hacer memoria y se dio cuenta que todo había sido producto de un encuentro intenso y delicioso. Su noche, aburrida y llena de trabajo, quedó en un segundo plano gracias a un tío desconocido.

Se levantó poco a poco y se percató que él ya no estaba allí. Sintió un poco de lástima porque le hubiera gustado estar allí para seguir follando pero en fin, este tipo de cosas son así, funcionan así.

Se estiró un poco y luego fue directo al baño. No hizo falta encender la luz puesto que todo estaba muy claro. Entonces se miró al espejo y se giró un par de veces para verse las marcas en la espalda. También notó las huellas de las manos que él dejó sobre su cintura, caderas y hasta nalgas. Sonrió con picardía porque de verdad había disfrutado de ese encuentro.

Abrió las llaves de agua y enseguida se metió. Mientras su cuerpo recibía las caricias de esa agua tibia, comenzó a pensar en todas las cosas que tenía por hacer, las traducciones y las entregas... Sin embargo, la imagen de él, de ese moreno alto y sensual, esas manos y esa verga que terminaron por poseerla por completo. Suspiró porque pasó tiempo antes de tener un encuentro como ese, le encantaba. Lo adoró.

Salió de la ducha pensando aún en él, y mientras se acomodaba el cabello miró hacia una de sus mesas de noche. Había algo allí que no se había fijado.

Fue hacia allí y se dio cuenta de que era un papel, al desplegarlo, se percató que se trataba de un número de teléfono.

“Por si quieres que nos veamos otra vez. K”.

Al principio no pudo creer lo que tenía frente a sus ojos pero resultó que había sido verdad. Acarició la hoja y se concentró en los números que estaban escritos con letra pulcra y legible. Sonrió y sin duda pensó que sería buena idea guardar ese número.

Karl iba por la calle, recordando la piel, los gemidos y el sabor de esa mujer con la que había pasado la noche. En ese punto, tuvo que sincerarse a sí mismo. Desde que la miró, se sintió impresionado por ella. Esa actitud desenfadada, libre, segura. Parecía ser una especie de espíritu libre y eso casi lo leyó por completo apenas cuando se sentaron hablar... Eso se afianzó al momento de besarse y de tocar su cuerpo casi como un frenético.

Recordó la curva de su espalda y la de su cintura, la firmeza de sus muslos anchos y el calor de su aliento cada vez que lograba besarse. Se mordió los labios pensando en ella, una y otra vez.

Como era un hombre descarado, dejó su número para que ella se comunicara con él después. Lo hizo porque no era de esos tíos que iban detrás de las tías, no, no era su estilo. Prefería incitar el juego y llevarlo al punto del descontrol.

Cada paso era recordarla cada vez más. Si bien podía averiguar sobre ella y volverla a hacer suya, tenía que jugar con su ansiedad y desesperación. Porque sí, ella tenía esa cara de mujer perversa que estaría dispuesta a entregarse a él las veces posibles.

Megan terminó de teclear y se echó un poco para atrás con el fin de descansar la vista. Iba tan rápido y no se percató que el hambre casi no la hizo continuar. Así que se tomó un respiro y se levantó para buscar algo que comer.

En ese ínterin, miró de nuevo el papel blanco doblado con el número de él. Pensó en lo descarado y confiado que era, en la manera en que suponía todo estaba bajo su control. Aunque de cierta manera era así.

Le dio vueltas al asunto por unos minutos hasta que no pudo más. Tomó el papel y su móvil y comenzó a escribirle. Las ganas que tenía de estar con él eran más grandes de lo que había pensado, deseaba ser suya de nuevo.

Esperó y notó que no recibía respuesta alguna. Estaba nerviosa por lo que el cerebro comenzó a darle vueltas sobre el verdadero asunto. Finalmente, escuchó un ligero sonido. Había recibido una respuesta.

—Creo que esperaste demasiado tiempo para escribirme. Pero lo hiciste, buena chica. Ahora, ¿qué te provoca a hacer?

Ella miró la pantalla incrédula por esas palabras. Era un tío muy seguro,

sin duda. Pero, a pesar de verlo como un poco engreído, se dio cuenta que era exactamente lo que estaba sintiendo.

—Eso me hace pensar que estabas esperando a que te hablara, ¿cierto?

—Sí, eso lo tengo que reconocer. Pero aún no me has respondido. ¿Qué quieres hacer?

—Quiero que nos veamos.

—Veámonos en la noche. ¿Qué dices?

—¿En dónde?

—Te pasaré la dirección. Conozco un buen lugar.

Ella sonrió y se preparó para el encuentro. Estaba ansiosa por verlo, así que procuró volverse a sentar para seguir con el trabajo que tenía pendiente. Mientras más se ocupara en ello, más tranquila y concentrada se sentiría por él. Era todo lo que deseaba.

Karl dejó el teléfono en otra parte de su abrigo y volvió a concentrarse en la calle. Todo le parecía increíble, agradable y más porque tendría más sexo con esa mujer. Sólo podía pensar en las veces en que la embistió como si fuera un animal salvaje. Claro que estaba dispuesto a volver a verla, de hecho, moría por hacerlo, así que luego de concretar el momento del encuentro, todo lo demás vendría mucho más rápido y fácil.

Pasaron las horas y los dos estaban ansiosos por verse. Karl tuvo la sensación de que Megan era una mujer extrema, así que le gustó la idea de llevar consigo algunos juguetes para pasarla bien.

Pensó en unas cuerdas y hasta cadenas. Sin embargo se fue por lo seguro. Unas cuerdas parecían el elemento perfecto, al menos para un segundo encuentro. Entonces, se preparó todo lo que pudo.

Luego de terminar todas las entregas y de revisar que estaba a tiempo con los trabajos, Megan se levantó de la silla para ir a tomarse una ducha. Estaba en silencio, incapaz de romper ese silencio porque estaba concentrada en encontrarse con él.

Deseaba tanto ser suya que era una sensación que incluso sintió que la sobrepasaba. Era absurdo pero a la vez no. Dejó entonces de racionalizar las cosas y se preparó para vestirse. Se colocó unas medias y unos shorts

vaqueros rasgados, una camiseta negra, un suéter y una chupa vaquera oscura. Tomó unas botas militares porque el frío estaba apretando y se miró en el espejo. Estaba ansiosa por verlo, por encontrarse con él.

—Te espero.

Llegó a leer y sintió que esa noche sería una de las más intensas de su vida. Así lo quería, así lo ansiaba.

Apagó las luces y salió del piso en dirección a lo que parecía ser un hotel. Se dio cuenta que era fácil llegar, así que no se preocupó demasiado. Sin embargo, la situación se volvió mucho más interesante porque él comenzó a provocarla poco a poco.

Dejó de escribirle para mandarle notas de voz:

—Vas a ser mía. No tienes idea de las ganas que tengo de romperte la piel, de reventarte entera. Estoy ansioso por verte... Apresúrate.

El corazón de Megan parecía ir a mil por hora y más porque él la bombardeó con imágenes de su pene de todos los ángulos posibles. De inmediato casi pudo sentir el grosor entre sus piernas y las muchas formas que la hizo sentir tan bien.

Estaba de pie porque si se sentaba, tenía la sensación de que sucumbiría a la desesperación de tocarse. Estaba tan mojada, tan deseosa por él que trataba de calmarse para no desfallecer dentro del vagón. Ese tío sabía muy bien cómo jugar y eso le gustaba, le gustaba un montón.

Escuchó ese sonido glorioso de que por fin habían llegado a la estación. Al salir, sólo debía caminar un par de calles para llegar. Cuando estuvo cerca, se dio cuenta de una figura alta y esbelta, era él que la estaba esperando.

No pudo evitar sonreír, sobre todo porque gracias a él había experimentado una noche increíble. Así que fueron acercándose cada vez más y se encontraron de frente con esa sonrisa llena de complicidad.

Ambos no dijeron nada y sólo se sonrieron. Después, Karl se acercó mucho más y fue hacia ella con la intención de rodearla con los brazos. Megan se levantó en puntillas para tratar de alcanzarlo y luego lo miró fijamente. De inmediato, sintió sus manos calientes y la fuerza de su cuerpo sobre el de ella.

Megan pudo haber mandado todo el diablo y dejarse tomar por él en medio de la calle. Le resultó impresionante sentir esa atracción tan fuerte hacia él, a tal punto, que le diera igual el qué dirán. No obstante, Karl pareció entender las intenciones de ella, por lo que se acercó lentamente hacia su rostro.

—Aquí no. Mejor entremos.

La tomó de la mano y juntos caminaron hacia la entrada del hotel. Ella se sorprendió cuando lo vio, ya que se trataba de un sitio amplio y elegante. Había un montón de gente que iba y venía constantemente, por lo que le dio la sensación de que no era cualquier lugar.

Fueron directamente a los elevadores y permanecieron tranquilos porque había gente con ellos. Sin embargo, por dentro parecían que ardían en llamas.

Después de bajar un par de huéspedes, la mano de Karl fue directamente hacia la cintura de ella, la tomó con fuerza, obligándola a colocarse junto a él y así besarla con desesperación. La sostuvo mientras se besaban, las lenguas de ambos se entrelazaban una y otra vez en lo que parecía una danza deliciosa y atrevida.

Megan no lo pudo evitar, enseguida comenzó a gemir con fuerza porque le encantaba sentir las manos y el cuerpo de ese hombre sobre ella. En ese punto, también se dio cuenta que con él perdía la noción de tiempo y espacio, era casi como si quedara absorbida por una especie de fuerza mayor que la arrastraba por todas partes.

Llegaron finalmente al piso y él la tomó con decisión hacia la habitación. El pasillo estaba desierto, por lo que también Karl aprovechó para besarla y manosearla más. Entre los jadeos, sacó la tarjeta de su abrigo y la usó para abrir la puerta. Escuchó un ligero clic y ambos entraron.

El lugar estaba completamente a oscuras y permaneció allí sólo por diversión de Karl. Megan se adentró poco a poco y se dio cuenta que se encontraba en una especie de juego propiciado por él. De nuevo, era ese instinto dominante que salió a flote. Ya no era necesario pretender lo contrario.

Sintió el calor de su aliento sobre su oreja, los labios casi rozando a su piel, por lo que su interior estaba a punto de estallar.

—Sé lo que eres. Lo sé desde el primer momento en que te vi. Y sé también que conoces mi naturaleza. Sabes muy bien de lo que hablo.

—Sí, lo sé. Desde el principio.

—Bien, eres una chica inteligente, de eso no me cabe duda. Entonces, vamos a divertirnos como es, como nosotros merecemos. ¿Vale?

—Sí, señor.

Esa respuesta fue suficiente para él. Fue como activar una parte de sí mismo. La sesión había comenzado. Entonces se acomodó detrás de ella y la tomó con fuerza desde la cintura. Luego de tantearla, se decidió por quitarle la ropa casi con salvajismo, estaba ansioso por tenerla.

Las prendas cayeron a suelo poco a poco hasta que ella quedó sólo en medias. Él aprovechó para girarla y verla de frente. Tenía las mejillas encendidas, estaba excitada y no lo podía ocultar.

Sonrió y la miró, estaba decidido a destruirla, a romperle la piel y en dejar sólo las huellas de una sesión intensa y excitante. Fue entonces cuando la tomó entre sus brazos y la cargó, las piernas de ellas rodearon su cuerpo y él la sostuvo con fuerza al mismo tiempo que la besaba con una intensidad impresionante. Le encantaba tenerla así, lo adoraba.

La dejó sobre la cama y le quitó esa última prenda como señal de que estaba listo para devorarla por completo, lo ansiaba. Sin embargo, tenía preparado las cuerdas, esas mismas que usaría para atarle las muñecas y los tobillos. Estaba ansioso por jugar.

Megan estaba entregada al placer y a la locura. Cuando se movía un poco, aún podía sentir el ardor en la espalda o el dolor en las caderas por el sexo de la noche anterior, le causó risa encontrarse en esa misma situación.

Él comenzó a atarla con fuerza. Poco a poco, sus muñecas y tobillos quedaron atadas a unos postes de madera que estaban allí, cerca de la cama. Ella cerró los ojos y experimentó la textura de las cuerdas sobre su piel, fue casi como sentir una descarga de adrenalina. Una muy intensa.

Las manos de él rozaban su cuerpo en varias partes, mientras tenía esa expresión de completa concentración. Quería hacerlo bien y quería que ella se diera cuenta de que jugaba en serio. Lo demostraría cada vez que fuera posible.

Al terminar, se echó para atrás y se encontró satisfecho, sin embargo pensó que faltaba algo más, un toque especial. Así que se retiró por un momento y trajo consigo una mordaza de cuero. Ella lo reconoció de inmediato y celebró la oportunidad de jugar con algo como eso.

—¿Te gusta? Sé que sí, apuesto que sí. Además, creo que esto será necesario. Ya te darás cuenta de por qué.

Ella sólo logró asentir justo cuando él le colocó ese trozo de cuero rígido sobre sus labios. Karl le acarició el rostro.

—Ojalá pudieras verte. Luces tan bella. Lista y perfecta para mí.

Luego, sus dedos recorrieron el cuerpo desnudo de ella, con ese afán de reconocer hasta cada rincón. Al hacerlo, se daba cuenta que ella se agitaba cada vez más.

—Apenas es el comienzo, querida. —Le dijo con ese descarro propio de él.

Él se acomodó sobre la cama para quitarse la ropa con calma, puesto que le gustaba la idea de desvestirse y mostrarse lentamente. Ese torso perfecto, tonificado, sus hombros, pierna, su verga que ya estaba dura y venosa. Ese momento, Megan se dio cuenta de lo mucho que lo deseaba, de las ganas que él le hacía sentir, de esas sensaciones tan ricas y deliciosas. No podía más, quería ser de él de una vez por todas.

Al quedar completamente desnudo, Karl fue hacia su entrepierna y apoyó sus manos sobre sus muslos con fuerza. Los contempló con cuidado y luego alzó la mirada para encontrarse con la de ella para volver a decirle:

—Apenas estoy comenzando, nena. Prepárate.

Ella no tuvo tiempo para reaccionar porque le fue imposible, experimentó la lengua de él, acariciándole el clítoris con una delicia increíble. Lamía, mordía, chupaba de una manera que la hacía pensar que estaba cada vez más cerca de perder el control. No pensaba que podía suceder algo así pero sí, claro que sí. Por dentro, era como sentir que algo se intensificaba y la dejaba al borde la locura. En sus momentos de consciencia, en esos muy fugaces, pensaba que era imposible sentirse así con alguien pero luego experimentaba que su mundo se desplomaba con él, en la boca de él. Lo demás no tenía sentido, era absurdo y le daba igual.

Karl seguía chupándola con más ahínco, con fuerza. Le encantaba experimentar esos jugos tan deliciosos, la textura de su coño, los pliegues de sus labios y más aún, el hacerla gritar a pesar que la mordaza reprimía los sonidos. Eso también le excitaba.

Siguió comiéndosela hasta que por fin se levantó. Tuvo suficiente, debía ir hacia el próximo paso. Se perdió por un momento entre las sombras de la habitación. La jadeante Megan estaba a la espera del próximo acto.

Luego él se apareció con lo que lucía un cinto de cuero. Ella lo supo porque lo vio brillar un poco con la luz que entraba en la habitación. Él, mientras, jugaba un poco con él, en un vaivén seductor e hipnótico.

Karl alzó el cinto para comenzar a acariciarla con él. Poco a poco, lentamente. Luego, hizo un rápido movimiento y le atestó un impacto que fue directo a sus muslos. El grito que ella exclamó fue fuerte pero la mordaza era lo suficientemente fuerte como para reprimir ese ruido. Él sonrió de satisfacción a medida que las marcas aparecían sobre su piel.

Era claro que él estaba cumpliendo con su palabra. Le había dicho que le rompería y eso mismo estaba haciendo. Ella podía sentir el ardor de los impactos, el dolor exquisito que la hacía desear más y más. De vez en cuando, cuando podía salir de ese trance, se daba cuenta de los pequeños hilos de sangre que aparecían sobre sus piernas y también en algunas partes de su torso. Por dentro quería más. Lo ansiaba.

En esa habitación, Karl y Megan estaban explayados en sus roles. Él estaba ejerciendo su poder como Dominante y ella estaba entregada como buena sumisa que era. Era la combinación perfecta lo que estaba allí y ambos lo sabían.

Dejó de azotarla cuando experimentó el dolor en su brazo y al percatarse que estaba listo para follarla como le diera la gana. Así que dejó el cinto caer sobre el suelo y se subió sobre la cama, apoyando sus rodillas y también sus brazos.

—Mírame. —Le ordenó con una voz poderosa y contundente.

Ella le hizo caso apenas, sobre todo, porque estaba tan concentrada, tan en éxtasis que a veces ni siquiera podía creerlo. Él procedió a acariciarle el cabello y también el rostro, luego se preparó para penetrarla. No podía esperar.

Así que le abrió un poco las piernas y colocó su pene en todo el coño y sintió de nuevo ese calor delicioso y esa humedad que deseaba volver a experimentar sobre su verga. Lo dejó un rato allí para desesperarla hasta que lo metió de golpe de nuevo. Megan sintió que su cuerpo y espíritu se partieron en dos.

La pelvis de Karl se movía una y otra vez, en un movimiento rudo e intenso. Las venas de sus brazos indicaban el nivel de fuerza e intensidad que ejercía, algo que para ella era la cosa más gloriosa del mundo.

Las embestidas eran deliciosas, fuertes, contundentes. Mientras que los gemidos de Megan, ahogados en la mordaza, parecían que querían salir libremente. Fue por ello que él decidió quitarle la mordaza para escucharla mejor. Deseaba percibir todo lo que ella tenía por dentro.

Después de liberarla rápidamente, casi de inmediato, la habitación retumbo gracias a todos los sonidos que ella pudo finalmente exclamar. Desde gemidos suaves hasta gritos cada vez más intensos. Era tan delicioso que Karl no podía evitar metérselo con mayor fuerza.

A ella entonces sólo le quedaba convertirse en una perfecta esclava entre las cuerdas y entre el cuerpo de él. No paraba de chillar, simplemente porque tener a ese hombre entre sus piernas era lo más delicioso que había experimentado en mucho tiempo. Simplemente le encantaba.

Él siguió empujándose hasta que deseó correrse en ella pero no sabía muy bien cómo hacerlo. Hasta que se le ocurrió una idea. Entonces, se lo sacó de golpe aún con la mirada de ella de desconcierto y se levantó por completo. Megan lo miró como si se tratara de una especie de dios griego, de alguien con una figura hermosa e imponente.

Karl llevó su mano hacia el rostro de ella para darle unas cuantas bofetadas. Estaba decidido a hacerla sentir como su objeto sexual y aprovecharía cada momento para hacérselo saber. Megan estaba a punto de estallar.

Le introdujo después un par de dedos con la intención de sentir el calor y humedad de su boca... También para prepararla para lo siguiente.

Karl esperó un poco más hasta que estuviera bien duro, entonces, sacó sus dedos y llevó su pelvis a la de ella para metérselo por completo en la boca.

Apoyó su mano sobre la mejilla de ella y la acarició suavemente. Megan comprendió lo que le tocaba a hacer a continuación, por lo que mojó sus labios ya abrió la boca para recibirlo por completo.

Poco a poco, comenzó a sentir las venas y ese delicioso grosor. Tan rico, tan increíble, ella preparó su garganta lo más que pudo para recibirlo como debía, con un placer indescriptible.

Él iba cada vez más hacia adentro, más y más porque adoraba experimentar la maestría que tenía ella al chuparle la verga. Cerraba los ojos y respiraba agitadamente, se sintió mucho mejor que la primera vez y no pensó que aquello fuera posible.

Siguió chupándolo y ahogándose con ese miembro. Enseguida salieron los hilos de saliva que se dispersaban un poco hacia las comisuras de sus labios. Al mismo tiempo, también la escuchaba gemir casi de manera descontrolada. Pero eso no era todo, más allá del placer que Megan le proporcionaba con su lengua y con su boca, también era la forma en cómo lo miraba mientras lo hacía.

Tenía los ojos cargados con una intensidad sorprendente, con una forma poderosa que no había visto antes. Ella lo hacía sentir vivo, pleno y quería más y más de eso. Se estaba volviendo un adicto a ella y eso le gustaba.

A pesar que deseaba sentir cada parte de ella, su excitación estaba en un punto máximo, ya no podía más, por lo que la tomó del cabello con fuerza e hizo que se moviera más porque quería correrse en su boca. Esa boca gruesa, linda, carnosa que lo hacía delirar.

Ella fue tan rápido como pudo porque buscó complacerlo tanto como pudiera. Así que cada vez más, se dio cuenta que él estaba cerca del orgasmo. Se prometió a sí misma que lo llevaría a ese punto y lo volvería como loco.

Karl comenzó a jadear con más fuerza. Su respiración se aceleró aún más y sus ruidos se hicieron más intensos. Estaba listo.

Afincó su pelvis mucho más contra la boca de ella y, finalmente, expulsó un chorro de semen caliente en la garganta de Megan. Ella estuvo a punto de hacer una arcada pero como la buena sumisa que era, pudo controlar el impulso y así beber de él casi que por completo.

Se quedó un rato allí puesto que le encantaba esa sensación que ella le

proporcionaba. Ella, mientras, succionaba cada parte de él para dejarlo completamente seco. Todo, además, mientras lo miraba con esa cara de lujuria y de extremo placer.

Luego, se echó para atrás poco a poco para sacar su verga de la boca de ella. Al terminar, se inclinó hacia su rostro para besarla intensamente.

Pero era claro que había un asunto que resolver, estaba el hecho de que ella todavía estaba sin correrse y Karl, como el buen Dominante que era, no podía permitirse que eso se quedara así. Le gustaba cumplir con sus pendientes y ese era uno muy importante.

Un par de bofetadas más para luego concentrarse en ese coño húmedo y caliente que tenía frente así. Colocó sus dedos para masturbarla como era debido. Primero el pulgar, el cual fue directamente hacia el clítoris. Se percató que estaba rojo, hinchado, así que procuró que tocarlo con un ritmo constante. De esta manera, hizo que sus ojos se entornaran y se perdieran en la nada. Sonrió porque su plan estaba cumpliéndose cabalmente.

Ella no paraba de gritar ni de retorcerse. Era esclava de ese cúmulo de sensaciones que era incapaz de escapar. Deseaba tanto que ese instante durara cada vez más porque le encantaba sentir esas manos gruesas, fuertes y suaves sobre su cuerpo. No se cansaba de él y sabía que no pasaría eso.

Luego de estimularla debidamente, introdujo un par de dedos dentro de su coño. De inmediato volvió a escuchar cómo su voz se quebraba gracias a la intensidad que estaba experimentando. Él se encargaría de llevarla hacia lugares que nunca pensó sería capaz de explorar.

Siguió estimulándola en ambos puntos hasta que observó el temblor de sus piernas. Esos mismos que se estremecían violentamente. Megan cerró los ojos con fuerza y sintió como si su alma estuviera a punto de caer a un abismo. No quería evitarlo, no quería escapar de él. Por último, por unos instantes, lo miró suplicante y él le dio a entender que podía hacerlo.

Una especie de corriente caliente envolvió su cuerpo justo antes que sus ojos quedaran envueltos completamente por una especie de oscuridad. Cada parte de sí misma, quedó ahogada en una sensación intensa, fuerte que no supo describir. Sólo tuvo oportunidad de sentir cómo salían de su cuerpo unos cuantos chorros de sus fluidos y luego, dejó la realidad por unos segundos... Al menos eso creyó.

Karl sintió ese delicioso torrente de sus jugos calientes que terminaron en sus dedos. Apenas tuvo tiempo para inclinarse rápidamente para beber de ella y comerla así por completo. Esos labios gruesos estaban empapados y se encargó de lamerlos suavemente para devorarlos por completo. No podía negar que le gustaba sentir esa textura en su boca, se hacía cada vez más adicto a ella.

Después de dejarla seca, se incorporó sobre la cama y se dio cuenta que aún estaba sobre la cama, como entre consciente e inconsciente. Entonces, se acomodó junto a ella y la miró flotar en esa especie de aura especial.

El cabello lo tenía desordenado, salvaje y desparramado sobre la cama. Sus párpados estaban cerrados y su boca se encontraba entreabierta. El pecho se inflaba suavemente, a un ritmo delicado y dulce. Parecía una persona completamente diferente.

Él luego se acomodó mejor y luego se quedó mirando hacia el techo, pensativo. No sabía muy bien qué sentir, sobre todo porque sólo se habían visto un par de veces. Las cuales, además, habían sido encuentros intensos y fogosos. Muy fogosos.

Respiró profundo y volvió a mirarla por un rato. Le acarició el rostro y sonrió:

—Vas a ver que nos divertiremos mucho. Oh sí.



V

A veces nos encontramos en ciertas situaciones en donde sentimos que todo va a una velocidad increíble, a un ritmo que hace que todo vaya más rápido y nos haga preguntarnos si realmente vale la pena todo aquello o si sólo debemos hacer un freno ante todo que luce vertiginoso y violento. Sin embargo, hay situaciones que deben vivirse de esa manera, ya que son la prueba de que hay experiencias que no podemos controlar y que lo mejor que podemos hacer es dejarnos llevar.

Así era la relación entre Karl y Megan. La situación se volvía cada vez más intensa, más poderosa. Los dos habían desarrollado una especie de extraña dependencia el uno con el otro.

Fue a tal punto, que incluso no había respeto por los trabajos o por otros espacios. Cuando había ganas, ese era el único lenguaje aceptado. De hecho, una vez, Karl se encontraba en la oficina atestado de trabajo y con un notable mal humor.

Estaba hundido en la pantalla de la computadora, con la vena de estrés a punto de salirse de la frente, cuando escuchó el teléfono de su oficina.

—¿Sí?

—Tiene una visita. Dice que es un familiar suyo y que necesita verlo urgente.

—¿Pero de qué habla?

—Es una mujer, señor. Dice que es urgente.

—Vale.

Entornó los ojos con el fastidio que tenía en su punto máximo. Salió de su oficina como mandado por el diablo y fue hacia la entrada para saber de qué se trataba todo el asunto. De repente, sintió una especie de golpe frío en el estómago. Era ella.

Tenía una cara descarada y juguetona. Y, aunque estaba ocupado y con mal genio, sintió que sólo verla bastó para sentirse mejor.

Convenció a la recepcionista de que ciertamente eran familia y que

acaba de recordar ese problema que debía atender con ella. La trató con toda la naturalidad del mundo y la llevó hacia su apartada oficina, cerró la puerta y la miró con una desesperación infinita.

—Pensé que sería lindo visitarte, pero tuve que inventar la peor excusa para hacerlo. Disculpa mi falta de creatividad.

Apenas terminó de hablar y la rodeó con sus fuertes brazos, la miró hacia los ojos y se dio cuenta de lo bella que era. Acercó a su rostro al suyo y se besaron apasionadamente. Ella se quitó algunas de las cosas que tenía encima para estar más cómoda con él.

Le encantaba sentir su cuerpo y su calor, no se cansaba de ellos ya que sólo quería más y más. Delicadamente lo sentó en la silla para arrodillarse en frente de él.

—Sé que debes estar estresado, lo puedo ver en tus ojos, así que me parece que te puedo ayudar con eso.

Karl trató de hacer un gesto para detenerla pero no pudo, no quiso. De hecho, sólo ofreció una mínima resistencia por mero impulso pero lo cierto es que estaba ansioso por sentir esos labios gruesos bordeando su verga.

Se acomodó en la silla lo mejor posible mientras ella bajaba el cierre del pantalón y tomaba su pene con una de sus manos. No pudo evitar exclamar un ligero jadeo. Luego recordó que debía controlarse porque había gente más o menos alrededor de él.

Megan despojaba poco a poco cada parte, asombrada de su pene y del hambre que sentía por él. Era algo que no podía esconder, así que tenía una expresión como si fuera una niña emocionada... Lo deseaba tanto que ni siquiera lo podía entender.

Apenas lo masturbó un poco. ¿La razón? Estaba demasiado ansiosa por tenerlo en la boca, por saborearlo y por hacerlo suyo. Así que cuando apenas estuvo afuera, aprovechó todo el rato para chuparle el glande y hacerlo vibrar. Enseguida sintió su mano sobre su cabello con esa intención dominante que tanto le gustaba sentir.

Adoraba lamer sus venas y hacerle perder el autocontrol en pequeños ratos. Era un juego que los dos habían construido. Una especie de dinámica que hacía que el otro rozara los límites y se quedara allí por un buen rato. Él

también lo hacía con ella y a Megan le encantaba.

Le chupó entonces con una fuerza increíble. Fue directamente al grano para hacerla sentir como si no hubiera posibilidad de nada más. Él se apoyó de su cabeza con ambas manos sobre su cabello y comenzó a follarle la boca con brusquedad.

El movimiento era rápido, intenso, fuerte. La cabeza de Megan dibuja un vaivén delicioso mientras que los hilos de saliva se desparramaban por la comisura de sus labios y hasta parte de su pecho parcialmente desnudo. Sus manos estaban en el suelo, como un gesto importante de sumisión. Quería darle todo a él.

Siguieron así hasta que Karl comenzó a sentirse cada vez más cerca del orgasmo, gracias a la lengua inquieta de Megan. Se agitó mucho más hasta que por fin eyaculó dentro de la boca de ella una vez más. La delicia que sintió casi le hizo perder el equilibrio pero Megan lo sostuvo con fuerza, mientras lo miraba entre embelesada y divertida.

Él se acercó a ella para darle un fuerte beso y se quedaron juntos por un rato.

—Debes estar consciente que haré lo posible para castigarte.

—Asumiré todas las consecuencias.

Después de un par de fuertes agarrones, Megan salió sonriente y él cavilando en la próxima tortura que le dedicaría a ella. Estaba ansioso.

No pasó demasiado tiempo para ello. De hecho, justo cuando ella estaba en una entrevista con un cliente, Karl le ordenó que se masturbara, colocándose un vibrador que él controlaría remotamente.

Ella aceptó el reto y se dispuso a jugar. Lo cierto es que no se esperó todas las sensaciones que experimentaría. El vibrador quedó justo sobre el clítoris y de inmediato sintió las vibraciones que la hacían sentir violentos espasmos. Estaba tan excitada que tuvo que hacer un gran esfuerzo por controlarse.

—Más te vale que no lo apagues y que sigas así porque, de lo contrario, créeme que me las cobraré como no tienes idea. Esto es para que aprendes quién realmente tiene el control de todo esto.

Ella trataba de responder las preguntas del cliente, de atender las dudas y de ser agradable pero lo cierto era que no podía. Deseaba terminar cuando antes y masturbarse con violencia. O ir hacia él...

Dejó la conversación con una respuesta positiva, pero su coño era otra historia. Estaba tan mojada que apenas podía mantenerse en pie.

—Te lo quitarás cuando te diga.

—Por favor... Por favor...

—No hay ruego que valga, Megan. Tienes que entender el verdadero significado de ser una esclava y eso eres para mí. Eres mía.

Estaba a punto de desfallecer cuando escuchó la puerta. Su instinto le dijo que se trataba de él y así fue. Abrió la puerta y lo encontró con las manos apoyadas en el umbral de la puerta. Ella estaba jadeante y desesperada.

Lo dejó pasar y él caminó lentamente por la sala, en completo silencio porque no había razón para decir algo más. Sólo estaban las sensaciones en el aire, a un nivel que casi se podía palpar en el ambiente.

—Arrodíllate.

Así lo hizo y llevó la mirada hacia el suelo. De entre las cosas que él tenía, sacó un collar con una cadena que tenía pegada. Se la colocó en el cuello y la miró por un rato.

—Ojalá supieras lo bien así, sumisa ante mí. Como debe ser.

—Sí, Amo.

Ella siguió con la cabeza gacha hasta que sintió que él haló la cadena para llevarla hacia su habitación. Él había tomado el control de ella y de su espacio, con un descaro impresionante.

Mientras gateaba detrás de él, estaba sintiéndose cada vez entregada a él, dispuesta a mandar todo al demonio, a sacrificar lo que fuera necesario para complacerlo, para darle las mejores sensaciones que podía darle por los minutos o el tiempo que fuera.

Llegaron a la habitación y él luego se sentó sobre la cama, la colocó frente a ella y le ordenó que le bajara el cierre del pantalón.

—Ahora vas a comer mi polla como se debe. ¿Vale?

—Sí, Señor.

Ella hizo exactamente lo que él le pidió y se encontró de nuevo con ese pene que parecía estar esperándola ansiosamente. Primero lo acarició por un momento y luego se lo metió todo en la boca.

A diferencia de otras ocasiones, ella no tendría el control, ni remotamente cerca. Fue Karl el que se encargó de hacerle entender que era él quien tendría el dominio de toda la situación. Así que le tomó el cabello e hizo que lo chupara al ritmo que él deseó. Estaba tan en éxtasis que estuvo a punto de correrse como un loco.

Pero no quiso porque deseaba seguir mirando cómo su carne llenaba la boca de ella por completo. Admiraba esa destreza, los ojos llorosos y la saliva que salía de su boca prácticamente sin parar. De alguna manera, pudo controlar sus impulsos para seguir disfrutando esa deliciosa humedad y calor que le brindaban sus labios. Eran tan exquisito como glorioso.

Ella trató de controlar las arcadas y trató de no apoyar sus manos sobre él ni sobre ella misma, así que las colocó detrás de su espalda. De esta manera continuó con ese vaivén delicioso e hipnótico.

En las ocasiones que él sentía que estaba muy al borde, sacaba su polla para restregárselo en la cara de ella. Aprovechaba para darle golpes en las mejillas y en los labios, lo paseaba sobre su piel y en cada parte con la intención de marcarle el territorio, además de hacerle entender que, como era su propiedad, tenía que aceptar todo lo que él tenía que darle a ella.

Se acomodó aún más cuando experimentó esa especie de corriente eléctrica sobre su cuerpo, esa misma que le recorrió la espina y fue a parar a todas sus extremidades. Manifestó unos cuantos jadeos y finalmente sintió salir el semen que fue a parar a esos deliciosos labios de ella.

Quedaron empapados de él, mojados, manchados por esa lujuria que parecía consumirlos cada vez más. Cuando dejó salir toda clase de jadeos y gemidos, se levantó rápidamente y la dejó allí, sola, con su coño húmedo y caliente, que pedía un buen revolcón. Ese era su castigo y, aun así, se sintió muy bien.



VI

La relación de Karl y Megan se volvió más perversa, oscura y hasta obsesiva. Con el paso del tiempo, ambos parecieron desarrollar una especie de extraña dependencia que los hacía rogar por la presencia del otro. Era un magnetismo demasiado intenso y que no muchos podían tolerar.

Por si fuera poco, no todo era cuestión de la carne. Por alguna extraña razón, ambos comenzaron a experimentar una serie de sentimientos fuertes e intensos que parecía no tener control.

Aunque se trataba de una situación normal, ellos simplemente no lo eran. Se trataban de un par de individuos extremos, adictos al vicio del sexo intenso y al descontrol. Ella era extrema tanto como lo era él.

Para Megan esto se trataba de una situación completamente diferente a lo que alguna vez fue capaz de enfrentarse. Por lo general, se consideraba a sí misma como una especie de espíritu libre que le gustaba andar sin ataduras por ahí. Pero con él le pasó todo lo contrario, él le hacía sentir esa necesidad de pertenecer a alguien, de ser de alguien y supo desde el primer momento que eso sólo podía significar problemas.

Una situación más o menos similar sucedía con Karl. Era el Dominante perfecto, tenía encuentros ocasionales y estaba seguro que el mejor estilo de vida que podía tener era el de ser soltero. ¿La razón? Nadie le resultó ser demasiado interesante como para cambiar de opinión al respecto, así pues que no se complicó y estaba bien así.

Pero es cierto que hay ciertas cosas del destino que suceden de la manera más inesperada. El encontrarse con ella en ese bar, justo ese día donde se había animado por fin a salir con sus compañeros de trabajo, lo tomó como si fuera una señal.

Lo cierto es que hizo todo lo posible por huir de esa sensación. Trató de no anclarse en ella, de no verla como si fuera algo demasiado importante, pero cada vez que la veía, cada vez que compartía tiempo con ella, era la confirmación de que le gustaba cada vez más. Lo sintió entonces como un peso necio y fastidioso.

En vista de ello, comenzó a tomar distancia de Megan. Para llegar a esa

decisión, tuvo que pensárselo bastante bien porque sólo con tener esa idea, ya le pesaba en el espíritu.

Ambos entonces pensaron que lo mejor que podían hacer era darse una distancia para pensar las cosas con más calma. Ya no se darían esos encuentros espontáneos y alocados, ya no se entregarían de lleno a la lujuria, al cuero y al látex, ya no habrían sorpresas inesperadas. Esta vez actuarían un poco más conscientes de sus sentimientos y de lo que querían para los dos.

Megan experimentó ese síndrome de abstinencia que tanto le preocupó en un principio. Hubo noches que no podía dormir y el apetito se le había ido casi por completo. El desgano casi la consumió de no haber sido por las responsabilidades que tenía que cumplir en el trabajo. Gracias a una montaña de deberes y entregas por hacer, Megan casi mantuvo su mente distraída de toda la situación... Pero no fue suficiente.

Karl se aparecía en su mente como si la invadiera. Por más esfuerzo que hiciera, era un trabajo que le costaba cada vez más. Era odioso y era doloroso, pero las cosas tenían que ser así, al menos eso era lo que trataba de decirse a sí misma.

Los días y las semanas transcurrieron sin que compartieran una mínima palabra. La situación parecía que iba a estallar en cualquier momento. La necesidad de verse se intensificaba cada vez más.

Megan se encontraba en el escritorio de su piso, concentrada —o al menos haciendo el intenso de ello—, cuando escuchó el timbre. Estuvo casi segura que se trataba de la pizza que había ordenado. ¿La razón? Se dio cuenta que él no la buscaría más y que ya no tenía sentido insistir en un tema que estaba más que muerto.

Entonces, guardó el documento en el que estaba trabajando, se levantó de la silla y fue hacia la puerta. Antes de hacerlo, miró su reflejo en un pequeño espejo que tenía en la entrada. Tenía la expresión triste, así que hizo un esfuerzo por no parecer demasiado patética.

Se acomodó el cabello y abrió la puerta. El rostro le cambió por completo al verlo allí, tan alto y guapo como siempre. Incluso, tuvo la sensación de que él también la había extrañado. Bueno, tenía sentido porque había llegado a su casa repentinamente.

Él entró poco a poco, mientras que ella se echó para atrás aún

sorprendida. Sus piernas estuvieron a punto de fallarla pero hizo un esfuerzo por mantenerse de pie.

—No puedo más...

Quiso continuar pero no lo hizo, tomó su rostro entre sus manos y fue directo hacia ella. Le estampó un beso profundo y largo, de manera que sus lenguas se entrelazaron y se abrazaron en una especie de sincronía perfecta y llena de lujuria.

Megan le acarició el rostro y sintió como si la vida le hubiera regresado al cuerpo. Estaba tan feliz de verlo que casi no lo podía creer. Los dos se miraron por un largo rato y se dieron cuenta que ese fulano tiempo que se habían dado no fue más que un mero absurdo, una actitud tonta producto del miedo a lo que pudiera pasar. Pero ahora estaban allí, juntos, en un abrazo y perdidos en los ojos del otro.

La pasión terminó entonces de consumirlos, a ese punto ya no había marcha atrás. La mano de Karl fue hacia el cuello de ella, apretándolo con firmeza.

—Vas a ser mía.

—Soy tuya.

—¿Segura?

—Siempre lo fui.

Volvieron entonces a besarse al darse cuenta que esa unión loca, extrema y casi hasta psicópata continuaría hasta donde debiera continuar.



NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor deja una review del mismo (no tardas ni 15 segundos, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible).

Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir
libros gratis
recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a
leer :)*

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo — Laura Lago](#)

Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Esclava Marcada — Alba Duro

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y
Mafioso
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total — Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin—tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin—tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está

algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en

todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin—tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win—win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de

narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin—tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin—tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.